

SUMARIO

TEXTO:—El Misionero.— NOTICIAS VARIAS: España; Tánger; Túnez; China; Japón; Panamá.—El Evangelio en el corazón del continente negro: Nuevas Misiones en Bambari (Prefectura Apostólica de Ubangui-Chari).—Cómo entierran á un jefe africano.—La caza del gorila.—Visita al monasterio hindú de Berhampur, diócesis de Vizagapatám (India inglesa). — Méjico: Últimos momentos del general Huerta.—CRÓNICA MENSUAL DE LAS MISIONES DEL GOLFO DE GUINEA. — *Limosnas para coadyuvar á la Santa Obra de la Propagación de la Fe*.—LOS MAYOS, novela de costumbres populares.

ILUSTRACION:—INDIA: Encantadores de serpientes.—AFRICA PINTORESCA (FERNANDO POO): Rdos. PP. Misioneros Alejandro Sanz, Manuel Mallén y Florentino Herrero, con varios amigos y algunos morenitos, en Santa Isabel; —Tipos pamues: Tres jóvenes pamues civilizados establecidos en Banapá; — Plaza "España," tal como era antiguamente; — Casa-Misión de Santa Isabel construída en tiempo de los Padres Jesuitas; — Agencia de la Transatlántica en construcción, en Santa Isabel.—AFRICA: Gorilas.



INDIOS ENCANTADORES DE SERPIENTES

(Reproducción directa de fotografía)



EL MISIONERO



Si desplegando ante nuestra vista el mapa de todas las naciones, examinamos el estado religioso de las mismas, nos sentiremos oprimidos por angustiosa pesadumbre, al considerar la desdichada situación en que yace sumida la mayor parte de sus habitantes.

Pueblos católicos, donde la piedad logró establecer su trono en numerosos pechos, también perciben la destructora acción del vicio y del pecado. Países dilatados existen, en donde, al colocar su planta mortífera la herejía, la fe de Roma ha sido lanzada de su pedestal para encumbrar en su lugar el ídolo de la razón ensoberbecida.

Pero aún será mucho más amarga nuestra pena, si fijamos la mirada en tantas y tan extensas regiones, sobre cuyo triste horizonte, aún no se ha levantado el sol esplendoroso de la fe. Imposible nos será contar los seres que en aquellos lejanos pueblos viven abandonados á sus brutales instintos. No se busque allí humanidad, ni templanza de costumbres, ni amor, ni conocimiento siquiera del Dios verdadero. Y sin embargo, aún se advierte en su frente el sello de la racionalidad; aún arde á intervalos en sus ojos la llamarada del genio, como la hoguera encendida por el habitante de la montaña, que avisa á los moradores del monte vecino la perentoria necesidad en que se encuentra.

¿Y nadie habrá que de ellos se compadezca? ¿No descenderá á algún pecho cristiano una leve chispa del celo que animaba á Jesucristo, cuando al morir por nuestra salvación, también murió por la suya? Sí; penetrad con la mirada en las mansiones del misionero, y ved allí una falange de decididos soldados de Jesús, por cuyas venas corre la sangre de los Apóstoles y de

los Mártires. Ved una multitud de jóvenes preparándose para salir hacia los cuatro ángulos del mundo, en busca de corazones cerrados á todo noble impulso, para abrirlos á la vida de la gracia, y hacer que sus pechos, acostumbrados á dar abrigo únicamente al rencor, la voluptuosidad y la venganza, se abran para recibir una lluvia de los más puros deleites.

Almas que sólo suspiran por agradar á su Señor, no podrán ver sin pena á tantos hermanos nuestros que, desde la cuna al sepulcro, apenas hacen otra cosa que ofenderle; quizás porque una palabra amiga no les ha puesto delante de la vista la enormidad de sus delitos.

Y en la primavera de la vida, cuando el mundo les sonríe con sus atractivos y la naturaleza con sus encantos, prefieren esas almas dichosas dar libelo de repudio á la vida de la vanidad y abrazar con entusiasmo ferviente la vida religiosa, para volar en alas de su cielo á evangelizar á sus hermanos, obedeciendo á la palabra dictada por el cielo de Jesucristo: *docete omnes gentes*.

Vedles llegar ansiosos á las playas habitadas por el negro bárbaro y repugnante. Si mucho fué su celo por la salvación de las almas, la necesidad de aplicarlo también es mucha: atraviesan una atmósfera de hierro, formada por las flechas fraticidas de los mismos á quienes buscan para salvarlos, y no haciendo caso de su ingratitud, disipan las densas nieblas de su inteligencia para conquistar después su alma para el cielo.

Noble misionero: hablen por mí las arenas del desierto y cuenten á la humanidad tus trabajos, tus penalidades y tus consuelos: yo sólo tengo aliento para bendecir tu nombre y proclamar ante el mundo que eres el ser más digno de las alabanzas de los hombres y de los premios que tiene reservados el Eterno.

E. de M. A.

EN la hora de nuestra muerte... en la presencia del Divino Juez, nos complacerá más haber salvado un alma que haber conquistado un reino. El fin único de nuestra Obra es salvar almas.

Entendedlo bien y no lo olvidéis, vosotros los que debéis ayudarnos: entendedlo bien y resolveros a propagarla con entusiasmo y constancia.



España.

El Día de la Prensa Católica.—En su domicilio social (San Isidoro, 14, Sevilla), se reunió el día 30 de Enero, la Junta Central de la *Asociación Nacional de la Buena Prensa*, para tratar del proyecto presentado á la misma, por el director de *Ora et Labora*, referente á la creación en España de *El Día de la Prensa Católica*.

El R. P. Estévez, del Oratorio, que ocupaba la presidencia, hizo constar que el referido proyecto había sido previamente aprobado y bendecido por el Emmo. Sr. Cardenal Almaraz; y, en vista de ello, la Junta acordó, por unanimidad, hacerlo suyo y publicar un Manifiesto dirigido á los católicos españoles, invitándolos á colaborar en esta obra de tanta trascendencia.

Tánger.

La fiesta del patrono.—El 24 de Enero celebraron los moros la fiesta de Sidi Bu Arrakias, patrono de la ciudad, cuyo santuario se halla en las afueras de la misma, frente al Consulado de España.

Hubo con este motivo gran animación entre ellos, resultando muy vistoso el paso de las nutridas corporaciones que iban á presentar sus ofrendas al famoso morabito. Cada una de dichas corporaciones llevaba varios estandartes de distintos colores; los individuos que las componían cantaban á coros entusiastas estrofas de regocijo, haciendo al mismo tiempo mil contorsiones con su cuerpo; parábanse de trecho en trecho como para cobrar nuevas fuerzas; llevaban en medio el buey ó bueyes en que consistía la ofrenda, engalanados con ricos paños y cintas de seda; varios moros notables las acompañaban, caballeros en hermosas mulas con sus correspondientes enjaezamientos; y detrás de algunas de ellas dejaban oír sus alegres sonos los flautistas y tamborileros del país.

Con el ir y venir de las comitivas resultaban animadas como nunca las principales calles de la ciudad, pues un numeroso público presenciaba su tránsito desde las ventanas, balcones y azoteas de las casas contiguas.

Túnez.

Nueva Casa-Misión.—Gracias á la amabilidad del ilustrísimo Sr. Combes, arzobispo de Cartago y Argelia, los Hijos de San Vicente de Paúl han tomado recientemente posesión de una residencia situada en la parte alta de la ciudad, cerca de las murallas.

En la siguiente carta que debemos á la pluma de uno de

los Lazaristas que han inaugurado la Casa-Misión, el Padre Durán, encontrará el lector interesantes detalles.

«Túnez, con una población de 250,000 habitantes, comprende dos ciudades yuxtapuestas y completamente distintas, la ciudad árabe y la ciudad europea.

«La última, situada fuera de las murallas, confina con el puerto. Cuenta con todos los adelantos y comodidades de las ciudades modernas; monumentos, anchas calles, espléndidos hoteles, avenidas y espléndida plaza central donde se levanta la estatua de Julio Ferri, cuya vigorosa intervención valió á Francia el protectorado de Túnez.

«La encerrada en viejos murallones, atrae especialmente mi atención por sus construcciones blancas, sus casas de enrejadas ventanas y puertas adornadas de arabescos regulares, las altas cúpulas de sus mezquitas á las que nunca subió ningún infiel, los minaretes del alto de los que los *muezzins* invitan cada noche á los creyentes á la oración, sus calles estrechas y tortuosas donde se agita y bule una población de aspecto extraño y multicolor.

«Contemplo admirado estos cafés moriscos provistos de largos bancos en los que se sientan, á la manera oriental, los numerosos y flemáticos consumidores de café, única bebida que admiten los hijos del Profeta; aquella mujer que viste blanquísimo traje, pero de cuyo rostro oculto por un espeso velo negro sólo acierto á distinguir los ojos; esta zahurda de barbería en la que el árabe con mano hábil afeita la casi totalidad del cráneo de su cliente, al que no deja más que en la coronilla la indispensable trenza para que lo remonte al Paraíso de Allah la mano de Mahomet.

«Lo que más me gusta son los *souks* ó mercados árabes, estrechas y sombrías tiendas abiertas directamente á las callejuelas, á lo largo de las cuales se alinean para rematar con frecuencia en plazuelas sin salida, en las que se agrupan por corporaciones y las que se caracterizan por su arquitectura primitiva y extraña. Cada industria tiene su *souk*; *souk* de perfumería, de tapices, de guarnicionería, de joyería, etc. Aquellos buenos tiempos de las corporaciones ó gremios subsisten aquí, con sus reglas inmutables y sus prerrogativas que llegan hasta á localizar hereditariamente en ciertas familias determinadas formas y procedimientos.

«Sólo en este maremagnum de albornoces, turbantes, *elsechias* y velos de todos colores, me imagino habitar un mundo nuevo, en el que nada se parece al nuestro, ni las costumbres, ni los trajes, ni el idioma, ni la mentalidad; mundo arcaico y que parece se escapa de la moderna civilización á la que siempre ha sido refractario.

«La *Goulette* es el antiguo puerto de Túnez, situado á la entrada del paso ó garganta que comunica el mar con el lago y donde antaño fondeaban los «paquebots.» Allí desembarcó San Vicente, y con toda probabilidad el sombrío edificio, que es el presidio, recibió la visita forzada del Santo. La antigua ciudad está mal construida, pero la nueva, encierra pintorescas villas y chalets que se destacan entre la verdura y los árboles. Un ancho canal de 11 kms., abierto en el lago, permite á los vapores, de cualquier tonelaje que sean, llegar hasta Túnez.

«No lejos de la *Goulette* está la célebre Cartago. ¡Qué desencanto á primera vista! De una ciudad que contaba 400,000 habitantes en el siglo III, que brilló largo tiempo por su comercio y su encarnizada lucha con Roma, no queda más que el recuerdo y el lugar que ocupó. Ni aun sus ruinas han sido respetadas, y es con parte de las piedras de sus famosos monumentos que los árabes construyeron Túnez. En la cúspide de la colina donde se alzara el acrópolis, erigió Luis Felipe en 1841 una capilla á San Luis, en conmemoración de la muerte del rey santo, acaecida en la misma Cartago.

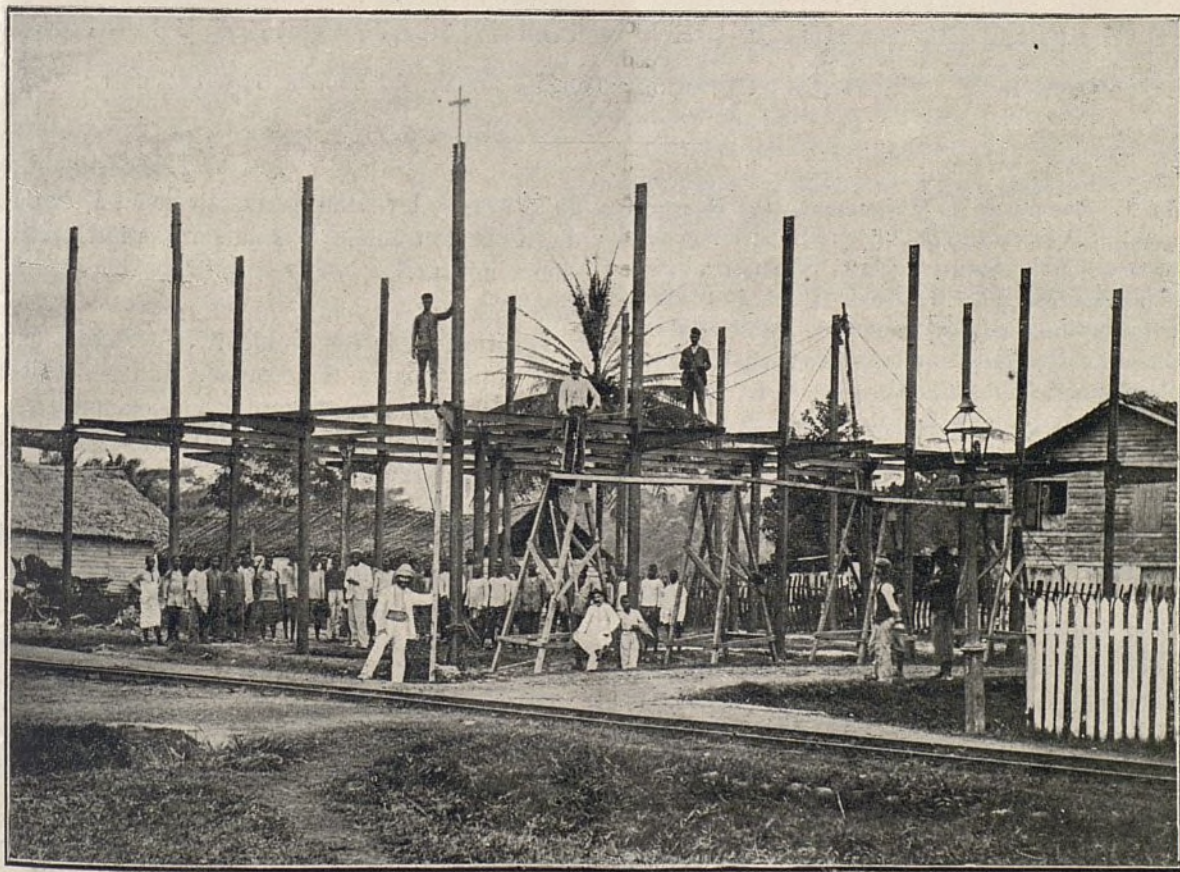
«El cardenal Lavignerie ha levantado, con la misma idea y en el emplazamiento del templo de la Concordia, esbelta y hermosa catedral que llena, hasta hacerla rebosar en las grandes solemnidades, la flor y nata de las familias tunecinas. Muy cerca se destaca la gran masa del Seminario de los Padres Blancos, con su magnífico claustro, la soberbia sala

de las Cruzadas, y especialmente el célebre museo Lavignerie. El P. Delathre ha reunido en él, con arte y paciencia admirables, cuanto notable contenía de objetos religiosos y profanos el suelo de Cartago. Es completísima historia del pasado que el sabio misionero hace revivir y explica al turista con competencia y amabilidad.

«Un último paseito me proporciona la alegría de ver el «Belvedere,» parque magnífico, en la cúspide de elevada colonia, desde el cual se ofrece á nuestra vista soberbio y pintoresco panorama de la villa y alrededores. El «Belvedere» está adornado por hermosísimas plantaciones en las que sobresalen numerosas palmeras y plantas exóticas de toda clase. Cerca de allí, sobre un punto culminante, admirablemente escogido, se alza Nuestra Señora de Túnez, nuevo y grandioso santuario.»

China.

Noticias varias.—Dícese que los aliados procuran persuadir al emperador Yuan Shi Kai que difiera su coronación hasta el fin de la guerra europea; hasta le han amenazado con excluírle de la conferencia de la paz, cuando ésta se celebre, si rechaza sus interpelaciones. Por los diversos comunicados que llegan de ese país, se ve que el movimiento revolucionario que estalló al proclamar el nuevo régimen va siendo dominado poco á poco por las fuerzas imperiales. El Sr. Obispo de Swatow, escribiendo sobre este particular, dice: «En este país todo trastorno político va



AFRICA PINTORESCA. — FERNANDO POO: AGENCIA DE LA TRASATLÁNTICA EN CONSTRUCCIÓN EN SANTA ISABEL.—
Reproducción directa de fotografía remitida por el R. P. Marcos Ajuria, C. M. F. (Pág. 66)

acompañado de una invasión de ladrones y salteadores. Las afueras de Swatow están infestadas de ladrones. Ya uno de mis misioneros ha sido víctima de estos bandoleros: salía de su distrito para venir á Swatow, cuando fué atacado y herido gravemente; una bala le atravesó el pulmón.»—Se ha fundado un nuevo diario católico llamado *Yhi Shih Pao*, —El Bien Social,—unido al semanario «El Bien Público»: éste se redacta especialmente para los católicos, mientras el nuevo diario tiene por objeto la difusión de la doctrina católica entre los paganos.

Japón.

Longevidad en el Imperio del Sol naciente.—Con motivo de la solemne coronación del Emperador del Japón, que tuvo lugar el 11 Noviembre del año pasado, su Majestad el Mikado quiso honrar á los viejos de todo el Japón que contasen más de ochenta años, ofreciendo á cada uno, una taza de laca, de las que se usan en el país para beber el sake (vino de arroz).

Hecho el recuento, se encontraron 309.000 que pasaban de la edad de ochenta años; de los cuales 286.000 son octogenarios, 20.000 nonagenarios y 1.200 centenarios. Las provincias donde mayor número de viejos se registra son las centrales, estando en primer lugar la del conocido puerto de Robe.

Panamá.

La naturaleza y la ciencia en el Canal.—En pocas ocasiones llegó la ciencia á desplegar tanto sus inagotables recursos como en la construcción del Canal del Panamá. Los geólogos más expertos examinaron toda la zona y la declararon apta para un canal; los ingenieros la construyeron con todo esmero y sin reparar en gastos, pero la naturaleza engañó á unos y otros. Sin contar derrumbes de pequeña importancia, son tres los que han interrumpido por completo el tráfico. El derrumbe de la Cucaracha en 1913 y los dos de la Culebra en 1915. El «Engineering News» del 25 de Noviembre y el «Sim» del 5 de Diciembre (1915) publican dos estudios del general Goethals, en los que expone las causas y estudia los medios de obviar tan grandes derrumbamientos. En resumen, sus estudios vienen á manifestar que es imposible ó casi imposible acabar con tales incidentes. En su opinión, el canal estará clausurado hasta que se remuevan unos 10.000.000 de yardas cúbicas de tierra en la parte del último derrumbe. Si los derrumbes siguen sucediendo ¿llegarán los yankees á abandonar el canal después de sepultar allí tantos millones de dollars? Los mismos norteamericanos temen que en el «U. S. History» tenga que registrarse algún día el mayor fracaso que ha tenido la ciencia en lucha con la Naturaleza.

EL EVANGELIO EN EL CORAZÓN DEL CONTINENTE NEGRO

NUEVAS MISIONES EN BAMBARI (PREFECTURA APOSTOLICA DE UBANGUI-CHARI)

POR EL R. P. E. ECHAUBARD, MISIONERO DE LA CONGREGACIÓN DEL SANTO ESPÍRITU

Monseñor Le Roy nos envía la siguiente carta. Nos apresuramos á publicar el escrito del insigne Superior general de la Congregación del Espíritu Santo. El muestra que en las lejanas profundidades del Centro de Africa, la verdadera fe sigue incansablemente sus conquistas, gracias al celo de sus apóstoles. El autor de esta correspondencia, el reverendo P. Emilio Echaubard, es originario de Auvergne; nació en 1884, y partió para las Misiones ecuatoriales el año 1910.



HAYE en Bambari desde hace once meses con Fr. Juan Francisco Frezier y cerca del P. Tiserant. ¿Bambari? Sí, San José de Bambari, que es una región situada un poco por debajo del 6.º latitud Norte junto al Kouango, afluente del Ubangui.

Bueno, hace once meses que el R. P. J. Callvéh, nuestro querido Prefecto Apostólico, me dijo:

—Se va V. á Bambari (el país había sido explorado anteriormente) é instala una Misión; le recomiendo economía. ¡Que Dios le bendiga, y que San José le ayude!

Y ¡bien! Dios nos ha bendecido, San José nos ha ayudado y... hemos hecho economías.

Estamos, en efecto, instalados en las montañas que dominan el Kouango, llamado aquí Waka. Frente á la Misión, dominando la orilla izquierda, á 1,800 metros

de altura, se levantan las instalaciones de la Compañía del Kouango francés y las numerosas fortificaciones del campo militar.

La Misión se presenta bien. Nuestra casa mide doce metros por cuatro. Se compone de tres habitaciones, una de las cuales sirve actualmente de oratorio. Tiene ancho balcón de tres metros. Los aposentos gozan de grandes aberturas, puertas de dos hojas y persianas. Aire y luz los tengo á discreción.

Cuando venga el R. P. Prefecto se quedará admirado de lo confortable de nuestra casa y de lo poco que ella nos ha costado. Si bien es verdad que los militares y la Compañía de Kouango, nos ha provisto de muchas cosas. ¡Que Dios se lo premie!

Mientras el P. Juan se ocupaba del material y de nuestra instalación, yo he recorrido los pueblos, enalteciendo la obra, estimulando deseos, en una palabra, haciendo reclamo, y actualmente concurren cada mañana doscientos niños externos al Catecismo y á clase.

Estos alumnos nos los envían tres tribus diferentes que rodean la Misión á distancias de un cuarto de hora á veinte minutos: los Linda, los Wasa y los Banda. Es necesario estar en constante alerta para impedir las

disputas que degeneran siempre en golpes. Las materias á discusión son múltiples; pero yo me he reservado el derecho á cortarlas, y mi punto final es con ligeras variantes: «Tomad cada uno un azadón é id á desbrozarme la plantación de patatas.»

Un día un pequeño Linda vino hacia mí llorando: —Padre, Ngaombélé (un niño Wasa) quiere pegarme. Dice que yo me he comido á su padre. Pero esto no es verdad, no soy yo, yo ni lo he probado; han sido mis padres.

¡Fatalidad! El hijo del «comido» y el hijo de los «comedores» se encontraban de lado en el Catecismo; la discusión violenta, radical, debía venir inevitablemente. Y esta es la historia de todos los días.

No encontrando siempre, en sus discusiones cotidianas, motivo suficiente para pelearse, y teniendo normalmente grandes deseos de ello, los traviosos Linda, usaron por último un stratagema para llegar á cambiar unos puñetazos con los Banda.

—«Padre—vinieron á decirme—hoy es domingo y no queremos marcharnos tan pronto, queremos jugar en tu casa un rato.

—«Bueno, jugad, amigos míos.

—«Queremos jugar con los Banda.

—«Y los Banda ¿quieren jugar con vosotros?

—«Sí, sí, todos quieren.»

Dí pues el permiso, pero ¡qué había hecho! Tres minutos después, se contaban entre los Banda numerosos ojos hinchados, contusiones y heridos graves.

—«Pero ¿por qué aceptasteis jugar con los Linda?—les pregunté á los que vinieron á quejarse.

—«¡Si no queríamos! nos han engañado bajo el pretexto de divertirse.»

En efecto, los Linda, después de haber escamoteado el permiso para jugar, habían caído sobre los Banda, y les habían administrado descomunal paliza.

—«No tenemos la culpa, Padre: nosotros jugamos así, muy fuerte,» me dijeron para excusarse.

Sin embargo, es preciso que de todos esos niños hagamos hermanos y amigos. Y sólo os hablé de los externos, que la dificultad sube de punto con los internos, hijos de jefes y de tribus las más diferentes: Linda, Wasa, Muruba, Belingo, Lengbwasi, Vorah, Yakpa, Mbugu, Bongo, Mbi, Ndokpwa y Banziri. ¡Cuántas disputas y cuántas palizas antes de llegar á la «entente cordiale!»

Esta variedad de tribus nos prueba que estamos en el corazón de la tierra Banda.

De los niños internos varios ya saben leer, y no poco Catecismo. Dentro unos meses podremos enviarlos con el título de catequistas, á los pueblos de los que serán algún día jefes. Después, según los resultados obtenidos, su buena conducta, y el grado de instrucción de sus prometidas, los bautizaremos y bendeciremos sus casamientos.

No creo pecar de optimista prediciendo que dentro dos ó tres años, contaremos con buenos catequistas en los principales pueblos de la región que limitan Gremari, Bambari, Muruba, Ipi y Kouango.

En Gremari el P. Tisserant, evangeliza los Mbi y los Ndokpwa. Todos los meses pasa diez días en la Casa-Misión. Dentro pocas semanas, uno de nuestros más aventajados alumnos, casado, pero aún no bautizado, irá como catequista á Vorah, de donde es futuro jefe. Tan pronto como encuentre uno apto para enviar á Gremari á sustituir el P. Tisserant, uno de nosotros irá á la Muruba á establecer los alumnos de esta tribu y poner así un primer jalón frente á los árabes del Norte.

Trabajo no nos falta. El porvenir parece lleno de promesas: sin duda nuestro pueblo, excepto la parte arabeizada (los Murubas, por ejemplo), son groseros, salvajes, primitivos: no importa: estamos en nuestro centro: cumplimos nuestro deber que es ser «apóstoles de las almas más abandonadas.»

Pedid para nosotros el arma esencial del verdadero apostolado, la santidad, y el éxito coronará los sacrificios que uno se impone para las Misiones.

Después de mi viaje del año pasado, sólo nos falta conocer el Este de nuestra Prefectura, y visitar los sultanatos nza-kara y zandé y las tribus del Chari. ¡Que no seamos bastante numerosos para evangelizar estos pueblos á la vez!

El Norte está amenazado del peligro musulmán. Con la civilización, la penetración y las relaciones cada día más fáciles, los negros fetichistas pronto se avergonzarán de su estado, de su ignorancia religiosa: y entonces ¿qué religión abrazarán? ¡El Islamismo! ¡Ah!

Yo tuve indicios de esta próxima evolución, hace un mes, al visitar á los Murubas. Estos ya no explican, como sus vecinos, sus creencias ancestrales, los más atrevidos empiezan á hacer el «Salam» y todos, aun los niños que educamos, se sirven para nombrar á Dios con mayor frecuencia de la palabra *Allá* que de la palabra banda *Tcelafo*.

El peligro, acaso próximo, ¿no está en esto? Será, pues, bueno señalarlo, si no queremos sufrir dolorosas sorpresas.



Cómo entierran á un jefe africano

Por el Rdo. M. FRIEDRICH, L. A. M.

Los jefes africanos son enterrados con sin-número de ceremonias, de las que algunas, por desgracia, revisten extremada crueldad, como podrá ver el que leyere este relato. Los misioneros trabajan con todas sus fuerzas para acabar con estas costumbres, y las generaciones venideras contemplarán á sus antepasados con el horror que se han merecido.

Los negros temen los espíritus de sus antepasados. A los cadáveres de los jefes se les tributan excepcionales honores. Se empieza haciendo una colecta para sufragar los gastos del entierro. Antes era costumbre sacrificar vidas humanas en estos entierros, y dos esclavos eran sepultados vivos en la misma tumba del jefe. Las ceremonias terminan con una gran fiesta, en la que es proclamado el nuevo jefe.

CASI en su totalidad la población negra de la tribu de los Ibos, concede gran importancia al entierro de sus muertos, pues todos creen firmemente en el alma, y para evitar la persecución de las de sus antepasados gastan con frecuencia todos sus bienes para enterrarlos según los ritos y complicado ceremonial del país.

En pedazos de madera esculpen toscamente sus imágenes y les conceden atributos de dioses, ofreciéndoles sacrificios y libaciones, é invocándoles en sus necesidades, desgracias y peligros.

Muerta una persona reúnen sus parientes y amigos para acordar el día del funeral y recoger el dinero necesario para cumplir con todo rigor las ceremonias prescritas.

Cuando se trata de un jefe, esas ceremonias tienen excepcional importancia, y son las que me propongo narrar en estas líneas.

Contemplad al hombre tendido en el lecho de agonía...: su faz revela agudos sufrimientos; los pómulos salientes, las mejillas hundidas y la expresiva mirada de sus melancólicos ojos indican que la parca se acerca por momentos. A su lado chisporrotea un pequeño fuego y encima de su cabeza pende un gorro rojo que recuerda á los visitantes la dignidad del doliente. Su apesadumbrada familia va y viene de un lugar á otro sin saber qué hacer para aliviarle, y los hechiceros y encantadores conjuran á todos los dioses á que le devuelvan la salud.

Han sacrificado cabras y corderos... pero en vano, los dioses hacen el sordo, y cuando el enfermo entra en la agonía todos los sacerdotes paganos desaparecen como por encanto, dejando al pobre hombre rodeado de su familia que se deshace en gritos y lamentaciones. El que pocos días antes lucía con orgullo su gorro rojo va á comparecer ante el Juez Supremo para dar cuenta de sus buenas y malas acciones.

Pero entretanto ¿qué pasa alrededor de sus restos mortales? Al principio los parientes ocultan su muerte diciendo á los que preguntan por él, á fin de ganar tiempo y reunir la pólvora y dinero para el funeral, que sigue mejor y que confían salvarle. Cuando se cree llegado el momento oportuno, intensa descarga de fusilería anuncia que el jefe acaba de fallecer.

Inmediatamente se avisa á los danzantes, que han de amenizar la ceremonia con sus gritos y cantos, y los principales del pueblo se apresuran á visitar á la familia, embadurnando antes sus cuerpos con caolín, pues no volverán á sus casas hasta terminadas las ceremonias, y no han de lavarse en todo este tiempo, aunque dure meses.

Los danzantes pasan la noche bailando acompañados de disparos de fusilería. Bailando van á la casa del jefe, donde se les recompensa con víveres y dinero; bailando se dirigen á visitar al hijo mayor, que también les da dinero y vino de palmera; y bailando todavía, visitan luego á los otros hijos que á su vez les dan vino de palmera.

El redoble del tambor no cesa ni un momento, haciéndose oír á gran distancia, y en el pueblo no hay mortal que permanezca tranquilo ó indiferente, pues todo es bullicio en estos actos preparatorios; mientras duran los cuales se buscan y reúnen pedazos de madera durísima, para formar el féretro, y con toscas azadas y picas de madera se abre la fosa.

El hijo mayor á su vez se ocupa en hacer su «toilette» de gala, pues él es el que ha de ofrecer el primer sacrificio por el alma de su padre: colócase brazaletes de marfil en pies y brazos, y rodea su cuello con sartas de perlas. Cuando todo está dispuesto, llega con majestad un renombrado sacerdote fetiche el que debe iniciar los ritos. El hijo mayor le entrega un carnero que él inmola al Ykenguá (pedazo de madera labrada que representa el dios de los ricos), recogiendo su sangre en una tisana y rociando con ella el cuerno derecho del dios, que luego separa y entrega al primogénito para que lo coloque en su casa entre los otros dioses. El dios de sus padres le dará riquezas y esposas. En el caso particular de no tener hijos el jefe fallecido, el dios es partido en dos pedazos y arrinconado; ¿por qué? pues por no haber dado descendientes á su adorador.

Terminado este primer sacrificio, la hija mayor trae

un carnero, un gallo y una estera. El sacerdote cuelga la estera encima del féretro y la muchacha la sostiene por un extremo para no ver al muerto. Así dispuestos, el sacerdote coge el gallo, ata juntas las dos piernas y empieza á golpearle con dignidad contra la estera, sin matarle, implorando á los dioses reciban al jefe en un sitio propicio para que pueda continuar ejerciendo de jefe y protegiendo á su familia.

Después coloca en el suelo la estera con el gallo, re-

muerto y juntados por el herrero de la población. Como el féretro de un jefe ha de tener un tamaño más que regular, con frecuencia no encuentran bastante madera para construirlo, y entonces precisa ir al bosque, buscar un árbol de madera dura, cortarlo y pulirlo; largo y penoso trabajo, ya que sus herramientas de madera, únicas que poseen, necesitan frecuente renovación.

El féretro presenta el aspecto de una gran caja pin-



AFRICA PINTORESCA.—FERNANDO POO: TIPOS PAMUES. TRES JÓVENES PAMUES CIVILIZADOS, ESTABLECIDOS EN BANAPÁ.—Reproducción directa de fotografía remitida por el R. P. Marcos Ajuria, C. M. F. (Pág. 66)

cita algunas jaculatorias y termina matando al carnero ofreciéndolo en sacrificio al muerto que mora ya entre los dioses. Como retribución de estas ceremonias, que tienen lugar en la noche siguiente al disparo de la fusilería, el sacerdote recibe una pierna del carnero, el gallo y la estera.

Al amanecer del día siguiente se reúnen los jóvenes para pasear el féretro por las calles. Las piezas de madera con que se ha construido éste, son puertas y otros pedazos recogidos aquí y allí entre las relaciones del

tarrajeada por todas partes, por manos femeninas, con figuras de animales, lagartos, cabezas de ídolos y manchas de muy distintos colores, y sus dimensiones son, en general, seis pies de largo, cinco de alto y dos de ancho.

Reunido, pues, como hemos dicho, el elemento joven y armados todos de largos machetes, cargan sobre la cabeza de dos de ellos el féretro vacío, golpean con fuerza el *tam-tam*, y salen á recorrer las calles de la población, cantando, bailando y blandiendo sus machetes,

con rápidos y rudos movimientos, regresando por fin al punto de partida, en donde refrescan sus calientes gaznates con largos tragos de vino de palmera acompañados de grandes bocanadas de humo que extraen de la pipa común que recorre el grupo. Una vez satisfechos cantan las oraciones del difunto, y se retiran contentos.

Entonces toca á los parientes maternos jóvenes hacer lo mismo que los anteriores para rendir con ello un último homenaje al muerto, al cual encomian hasta colocarlo entre los héroes y santos.

Viene luego la parte principal de la ceremonia: el entierro, acto que pone de manifiesto las bárbaras costumbres á las que, por tantas centurias, se han mantenido fieles los naturales del Ibongo.

Estos negros conservan cierta idea de la vida futura, pero la creen tan poco distinta de la actual, que para ellos los reyes y jefes continúan allí siendo reyes y jefes y los que aquí son pobres también allí lo han de ser. Esta creencia explica el sacrificio de esclavos en los entierros de los jefes, pues si éstos necesitan aquí criados, es lógico que en la otra vida los tengan también. Está tan arraigada esta idea en los entendimientos de estos pobres negros, que con frecuencia sacrifican todas las propiedades del finado para comprar las suficientes víctimas. El número de esclavos sacrificados suele ser dos, y su precio oscila entre 36 y 45 dollars cada uno.

(Concluirá).

LA CAZA DEL GORILA

NINGUNA parte del mundo puede compararse al continente africano en la cantidad y variedad de las fieras que ocultan sus selvas y sus bosques impenetrables.

Una de las especies más temibles y de más fuerza muscular es el Gorila, que suele encontrarse en la costa occidental del Africa y al Norte y al Sur del Ecuador. Su talla es tan enorme, que su aparición llena de espanto á las almas más templadas.

El primero que describió al Gorila fué Andrés Battel, al comienzo del siglo XVII, cuando se hallaba prisionero de los portugueses en Angola; entonces se conocía en Africa con el nombre de Pongo, pero por la descripción viene á sacarse en consecuencia que se trataba del Gorila.

Battel describía así á esta temible fiera:

«Tiene rostro de hombre, los ojos hundidos, largos cabellos á los lados de la cabeza, el rostro sin vello, lo mismo que las orejas y las manos; el cuerpo ligeramente velludo; la piel de color moreno oscuro. No difiere del hombre en su exterior, más que por la falta de pantorrillas. No obstante, anda de pie poniendo sus manos cruzadas detrás del cuello. Duerme sobre los árboles, se construye un abrigo contra el sol y la lluvia, se alimenta de frutas y no puede hablar aunque tiene más instinto que otros animales. Cuando los viajeros abandonan por la mañana el fuego que han encendido por la noche, los Pongos acuden y se sientan alrededor hasta que la última chispa se convierte en ceniza, pues su instinto no llega hasta el punto de acercar nuevos leños al fuego casi extinguido. Matan á los negros que encuentran en su camino y luchan con el elefante que ponen en fuga á fuerza de puños, blandiendo en el aire, como si fuese un débil bastón, la rama más fuerte de un árbol gigantesco.»

Bosman hablaba del Gorila en los siguientes términos:

«Son de una gran estatura. He visto uno con mis propios ojos que tenía 5 pies de elevación. Su figura es fea y son malos, atrevidos y audaces para atacar á los hombres. Los negros aseguran que estos monos pueden

hablar, y si no lo hacen es porque no quieren tomarse ese trabajo. Es decir, que son capaces de aprender todo cuanto se les enseñe.»

Todas estas fantasías de viajeros no llegan á cristalizarse en una verdad inconcusa, hasta el año 1846, que el Dr. Lugton Wilson descubrió en el Gabon, el cráneo de un mono de una especie nueva y extraordinaria. El profesor naturalista americano Jeffries Wyman hizo un estudio del cráneo en 1847 en las columnas del Diario de Historia Natural de Boston. El descubrimiento de M. Wilson atrajo la atención de todos los sabios naturalistas, y la anatomía del nuevo cuadrúpedo, al cual Wyman había dado el nombre de «Gorila», fué objeto de profundos estudios de Ricardo Owen en Inglaterra, de Isidro Goffrey Sain-Hilaire y de Duvernoy en Francia.

El interés llegó á su más alto grado cuando un americano de origen francés, llamado M. Paul du Chaillu, hizo conocer en 1855 sus maravillosos relatos de caza. El tuvo la honra de ser el primero que enriqueció á la ciencia con un ejemplar de estos feroces animales.

M. du Chaillu, acompañado de las mujeres y hombres de la tribu de los Mbondemso, subió la segunda cadena de montañas de Cristal, no lejos de las fuentes del Ntambonoy, y se colocó en un sitio descubierto de vegetación donde estuvo establecido su poblado conocido con el nombre de «Mbondomo.» Atormentado por el hambre y la sed, M. du Chaillu se dirigió á un bosquecillo de cañaverales, pero llamó poderosamente su atención el estado calamitoso de las cañas. La mayoría estaban rotas, otras sacadas de cuajo. Un negro que le acompañaba miró con terror á todas partes y murmuró al oído del viajero: Salgamos pronto de aquí para defendernos. Estas cañas han sido destrozadas por algún Gorila.

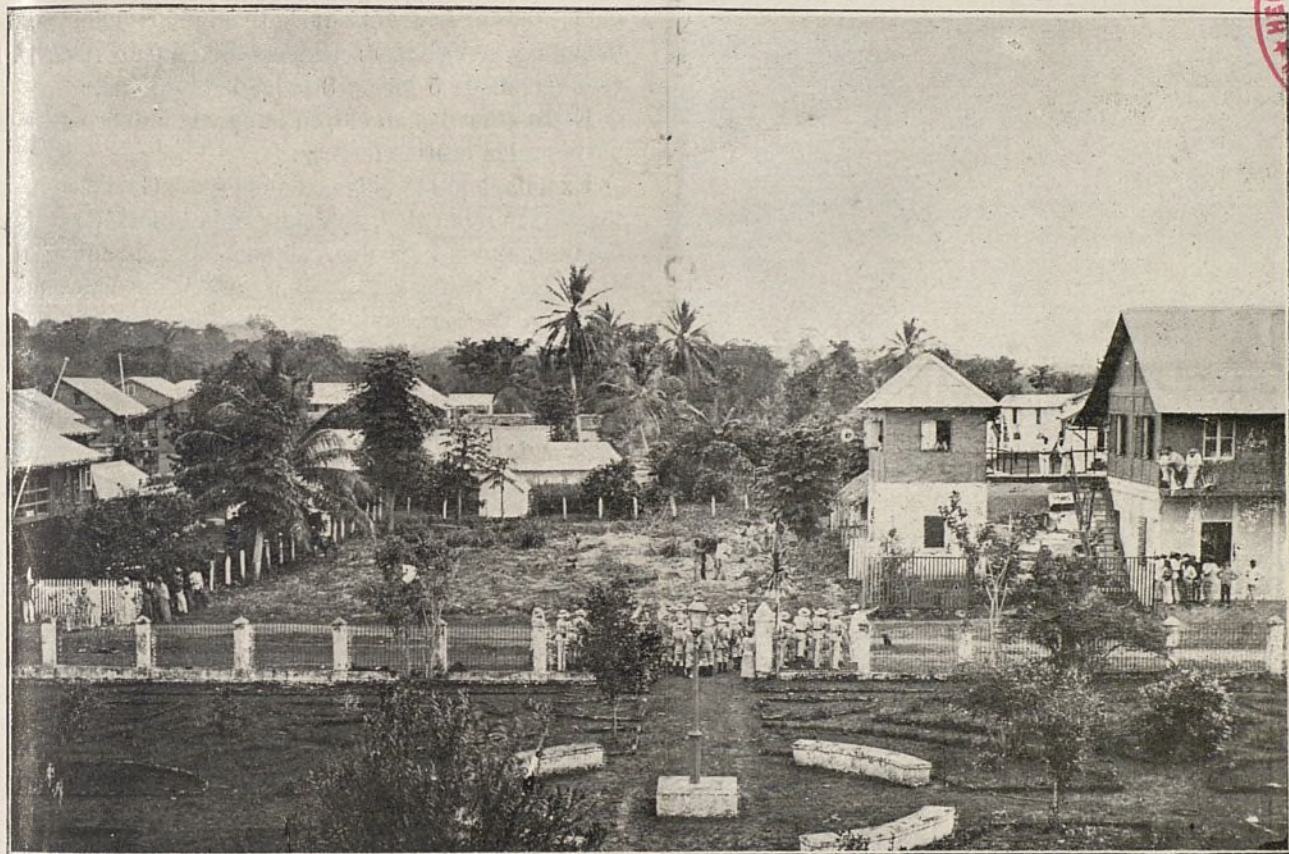
M. du Chaillu describe así su primer relato de caza, que yo traduzco para la mejor comprensión del lector:

«Eran, en efecto, huellas de Gorilas y huellas frescas. Pronto encontramos las señales exactas de sus pies. Calculé que irían cuatro ó cinco. De tiempo en tiempo se habían sentado para mascar las cañas. Era la pri-

mera vez que veía las huellas de esos monstruos y lo que sentí es imposible de describir. Estaba, pues, á punto de encontrarme frente á frente de ese animal cuya ferocidad, fuerza y astucia habían sido objeto de las conversaciones de los indígenas, apenas conocido del mundo civilizado y que los hombres blancos no los habían cazado jamás. Mi corazón latía con fuerza y temí que el ruido de sus palpitaciones delatara mi presencia al Gorila. Me hallaba tan emocionado, tan fuer-

á los cazadores. De pronto un grito extraño, discordante, medio humano y casi diabólico, resonó á pocos pasos de nosotros, y vimos á cuatro Gorilas que se internaban con rapidez en la espesura de la selva.

«Todos los fusiles se dispararon á la vez. Ningún tiro surtió efecto. Los cazadores se lanzaron á la persecución de los Gorilas, hasta perder el aliento. Todo fué en vano. Estos ágiles animales conocían el bosque mejor que los cazadores, y escaparon.»



AFRICA PINTORESCA. — FERNANDO POO: PLAZA "ESPAÑA," TAL COMO ERA ANTIGUAMENTE. Ha experimentado ya muchas transformaciones, y ahora será todavía más transformada con el monumento que se está erigiendo al actual Gobernador en la parte céntrica donde estaba el surtidor.—Reproducción directa de fotografía remitida por el R. P. Marcos Ajuria, C. M. F. (Pág. 66)

temente excitado, que llegó á ser un sufrimiento para mí esta tensión nerviosa.

«Las mujeres estaban aterradas. Se las puso al abrigo de algunas chozas de forraje. Los hombres examinaron sus fusiles, y la caza comenzó.

«Unos descendieron de la montaña, otros atravesaron un arroyuelo, mientras otro grupo se aproximó á unos gruesos bloques de granito. A sus pies había tendido un árbol de grandes proporciones, alrededor del cual se notaban las huellas de muchos Gorilas.

«Indudablemente están ocultos detrás de los bloques. Es necesario dar la vuelta. Los cazadores se separan en dos bandos. Uno toma por la derecha, y el otro por la izquierda; todos con el fusil preparado para hacer fuego en la ocasión propicia. La ansiedad de los negros es aún más viva que la de su jefe. Avanzan al través de la espesura de las malezas. Desgraciadamente se alargó demasiado el círculo y los Gorilas avizoraron

Algunos días después de esta caza fallida, el valiente viajero y sus hombres exploraron pacientemente las profundidades más intrincadas de la selva. Todo en vano. Cuando ya iban á retirarse, uno de los negros hizo una señal para que nadie se moviera. No había transcurrido un segundo de la advertencia. Por un lado de la selva se oyó un ruido espantoso; ramas y lianas se separaron y cayeron rotas y deshechas como heridas por un rayo.

«¡Era el Gorila! Desde que nos distinguió, agrega el ilustre viajero, se puso en pie y nos contempló con osadía frente á frente. Se hallaba á unos quince pasos de nosotros. Su aparición no la olvidaré nunca. Parecía tener cerca de seis pies de estatura; su cuerpo era inmenso, su pecho monstruoso, sus brazos de una increíble energía muscular. Sus grandes ojos grises y hundidos resplandecían de una alegría salvaje y su rostro tenía una expresión diabólica. Tal fué como apa-

reció ante nosotros este rey de los bosques africanos.

«Nuestra presencia no le asustó. Seguía en el mismo sitio, dándose golpes en el pecho con sus puños desme-



AFRICA.—GORILAS.—Estos monos viven en el continente africano, desde la costa de Guinea hacia el interior, entre los 12° de lat. N., y los 10° de lat. S.: habitan los bosques, reunidos en parejas ó en grupos; construyen en la copa de los árboles grandes nidos de ramas entrelazadas, en los que pernoctan las hembras y los pequeños. Cautivos, se amansan completamente y se encariñan con la persona que los cuida.

(Reproducción directa de fotografía)

surados y que resonaban en un tambor inmenso. Ese era el modo de desafiar á sus enemigos. Al mismo tiempo daba rugidos.

«Los rugidos del Gorila son de los más extraños y espantosos que se oyen en las selvas. Comienza por una especie de ladrido, como el de un perro irritado; después se cambia en un ruido sordo, semejante al lejano rodar del trueno. La sonoridad de este rugido es tan profunda, que en vez de salir de la garganta y de la boca, parece que surge de las espaciosas cavidades del pecho y del vientre.

«Sus ojos se iluminaron de una llama más ardiente, mientras que nosotros permanecíamos inmóviles, á la defensiva. Los cortos pelos de la cima de su cabeza se

erizaron y comenzaron á moverse rápidamente, al mismo tiempo que descubría su fuerte dentadura y daba nuevos rugidos. Me hacía recordar entonces á esos seres híbridos, mitad hombres y mitad bestias, que imaginaron los antiguos pintores en sus cuadros de las regiones infernales.

«En fin, avanzó algunos pasos, se detuvo para dar un espantoso rugido. Siguió luego y se paró á diez pasos de nosotros, y cuando comenzó á rugir de nuevo dándose golpes en el pecho con furor, hicimos fuego y se desplomó como una masa. Cayó de boca. El cuerpo se sacudió convulsivamente durante algunos minutos. Los miembros se agitaron: después todo quedó inmóvil. El cadáver medía 5 pies y 8 pulgadas inglesas.»

Estos animales no sufren la agonía lenta como la mayoría de las bestias feroces.

Examinando las selvas donde esos Gorilas viven y toman sus alimentos, se comprende la fortaleza de sus dientes. Muchos árboles, algunos de seis pulgadas de diámetro, aparecen rotos y tienen las señales de las mordeduras. Los dientes penetran hasta el corazón del árbol, para extraerle el jugo.

A veces la caza del Gorila acaba en tragedia; Mr. du Chaillu cuenta que en una ocasión, uno de los negros tuvo la imprudencia de avanzar solo por un sitio de la selva donde temían hallar un Gorila. No había transcurrido mucho tiempo de perderlo de vista, cuando se oyó un tiro á poca distancia. Corrieron hacia la dirección donde había sonado, creyendo encontrarse con un Gorila muerto; pero cuál fué su terror, al resonar en la selva los rugidos de la fiera.

Avanzaron unos pasos, y una escena terrible se presentó á su vista.

El negro yacía en tierra en medio de un charco de sangre. Sus entrañas salían de su vientre horriblemente desgarrado. A su lado se hallaba el fusil; la culata estaba rota, y el cañón, doblado y aplastado, tenía las señales de los dientes del Gorila. La fiera había desaparecido.

* * *

¡Cuántos misterios nos oculta todavía el continente africano! Hombres de ciencia dieron su vida por estudiar su fauna y su flora y sus hordas salvajes; pero aún está lejano el día en que se descubran todos los secretos que guarda con inmovilidad de efigie, el corazón de Africa.

JOSÉ MAS.

(La Voz de F. Poo).

PARA las almas buenas será nuevo estímulo para cooperar a la difusión de Las Misiones Católicas recordar que, gracias a la Obra de la Propagación de la Fe, se logra la salvación corporal y la educación cristiana de millares de pobres niños y niñas abandonados.

Visita al Monasterio Hindo de Berhampur

Diócesis de Vizagapatám (India inglesa)

RELACIÓN DEL R. P. ROSILLON, DE LOS MISIONEROS DE SAN FRANCISCO DE SALES, DE ANNECY

El relato que vas á leer, lector amable, nos ha sido enviado por el autor de tantas y tantas páginas instructivas y pintorescas, que han hecho sea su nombre uno de los más predilectos entre nosotros. Las que siguen tienen un interés tan cautivador que aumentarán la simpatía que por él sentimos.



El ascetismo ha desempeñado en todo tiempo importante papel entre los Hindos. Si así llamo la necesidad que tiene el alma pagana de ponerse en contacto con la divinidad por medio de ceremonias y prácticas extrañas y austeras, es por pura analogía.

Grosero como es, ha engendrado gran número de sectas. Según el censo de 1911, existen en la India unos cinco millones de ascetas, designados bajo el nombre genérico de *Sadhus* (santos).

Para dar abrigo á esta llamémosla aristocracia religiosa, la piedad pagana ha edificado gran número de monasterios: la India, clasico país de los *Sadhus* y los *Fakirs*, es también la tierra de las pagodas, de los

tchatrams (refugios), de los *akaras* y de los *maths* (monasterios).

La construcción de estas casas religiosas es una de las obras pías más exaltadas por los libros sagrados hindos.

Se lee en el *Agni Purana*:

«Los pecados de cien nacimientos le son perdonados al que medita construir un templo á Han.»

Y en el *Nasarimha Purana* está escrito:

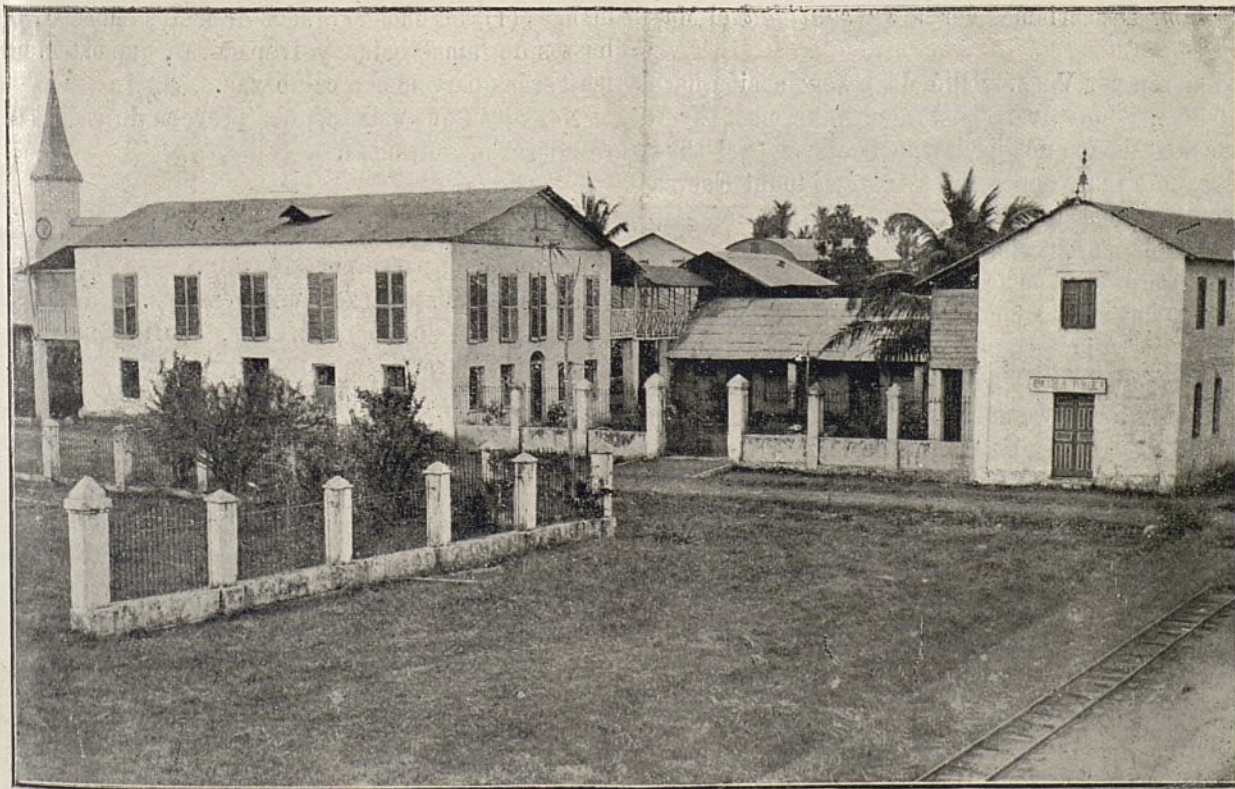
«El que construye un templo á una divinidad tendrá el cielo de esta divinidad.»

Y el *Vamana Purana* declara:

«El constructor de un templo á Visnu salva su alma y la de ocho generaciones de sus antepasados.»

Los templos y monasterios hindos están, por lo general, bien situados, ya en la cúspide de una montaña, como para impresionar la imaginación del viajero, ya suspendido del flanco de una colina á la que se trepa por escaleras de piedra, ya en el fondo de un valle.

Cuando es posible, se arregla á proximidad de las construcciones un vasto jardín, que fertilizan depósitos de agua construídos al efecto, y en el cual se plantan árboles útiles y bosquecillos. Luego lo cercan con alto



AFRICA PINTORESCA.—FERNANDO POO: CASA-MISIÓN DE SANTA ISABEL, CONSTRUÍDA EN TIEMPO DE LOS PADRES JESUITAS.—Reproducción directa de fotografía remitida por el R. P. Marcos Ajuria, C. M. F. (Pág. 66)

muro, y la del interior es tierra sagrada, puerta del cielo; la del exterior tierra de ilusiones.

I

Sabía que Berhampur, la ciudad de los 300 templos, capital del Ganjam, posee un monasterio renombrado. Uno de mis cofrades me había hecho de él fantástica descripción. Así que no desperdicié la primera oportunidad que se me presentó de visitarlo y conocer su *Mahant* (superior). Como los grandes monasterios cristianos, este *Mathan* ha huído del bullicio; está construido extramuros. De un lado se eleva continuo ese rumor propio de las multitudes, que sube lento y monótono desde los populosos barrios d'Oryas y de Telugus: por el otro, la campiña despliega verde alfombra y su calma absoluta. En el horizonte las montañas de Surada destacan su silueta violácea.

Pésimo carruaje tirado por mal rocín, cuyos bríos reanima de vez en cuando el látigo del musulmán que lo guía, nos dejó, después de traquetearnos lo indecible, ante la puerta monumental del monasterio.

Al entrar sentimos la sensación de que nos encontramos en una fortaleza.

A la izquierda admiramos una hilera de curiosas construcciones; pesadas y altas fachadas que taladran ventanas estrechas, proyectan sobre el vacío pequeños balcones de un muy bonito trabajo. Queríamos saber para qué sirven estos balcones, pero ningún soñador asoma por las balaustradas finamente labradas para explicárnoslo; y en tanto con la vista fija en ellas las admiramos, un introductor—Hermano lego acaso—se adelanta amablemente á nuestro encuentro.

—¡*Salamandi!* (Buenos días, señores).

—¡*Salam!* Deseáramos ver á su *santidad* el *Mahant*.

—Lo siento por Vdes. Salió de peregrinación hace algunos días; y no volverá hasta dentro un mes.

Este contratiempo nos hace fruncir el ceño. ¡Me hubiera alegrado tanto conocer á este *abad* indu! Fuerza es contentarse con los detalles que de tan venerable persona nos da su hermano en religión.

Es hombre de unos cuarenta años—he visto su fotografía—de aspecto mejor malicioso que inteligente, hinchando con su importancia un manto real recamado de oro. Signo distintivo de su cargo, ostenta la corona ó tiara oriental. En resumen, más parece un príncipe indu que el superior de un monasterio. Es *Rajah* mejor que *Mahant*.

Desde hace algún tiempo los monasterios indos atraviesan grave crisis. Los *abades* enriquecidos tienden á secularizarlos, guardando para ellos rentas que, según intención de los donantes, deberían gastarse en mantener religiosos y dar hospitalidad á peregrinos.

Tales rentas son muy cuantiosas. Mi cofrade, un día que se hallaba de visita en casa de dicho personaje, asistió á la recepción de un *Rajah* y de su séquito. Apenas introducido, el príncipe se prosternó hasta tocar con la cabeza el suelo de mármol, y humildemente le ofreció una bandeja repleta de piezas de oro. La habi-

tación del *Mahant* está ricamente amueblada, al igual que la sala de reunión de los religiosos. Esta *Sala Capitular* es muy espaciosa, con rica sillería, y el trono del superior en el fondo.

¡Cuán interesante habría sido asistir á un *Capítulo* de esta comunidad pagana, que—sin saberlo—plagia tanto de las cristianas! Pero su *santidad* está ausente. En voz alta expreso cuanto lo siento.

—Su *santidad* está ausente, es verdad,—dice el hermano lego—pero queda aquí el abad adoptivo, el que sucederá al *Mahant* cuando éste muera. ¿Desean ustedes verlo?

—Con mucho gusto. ¿Tendrá V. la amabilidad de anunciarnos?

Inmediatamente se aleja, gritando: «¡*Ram Naraina!* ¡*Ram Naraina!* Traed á *Ram Naraina*.»

Y los criados corren en todas direcciones como asustados al oír este nombre.

II

Aprovechamos la general emoción y la tregua que nos proporciona para echar una ojeada al jardín, que se extiende á la derecha de los edificios.

Un buen jardín es en Oriente dependencia necesaria de un monasterio ó de un palacio.

Siempre se encuentran en ellos plantas raras y—en lugar aparte—prisioneros en jaulas, osos, tigres y otras fieras, que simbolizan el poder y la fuerza.

El jardín del *Mahant* contiene gran variedad de plantas y de flores. Los jazmines sencillos y dobles bordean las avenidas con sus estrellas blancas, mientras que los «hisbiscus» destacan sus colores rosa y escarlata entre crisantemos y gladiolos. Atraen de especial manera nuestra atención diversas especies de mangas (1), algunos cargados de frutos enormes, y arbustos de ramas bajas y trepadoras, que ostentan bolas verdes parecidas á calabazas.

Nos dicen que estas frutas proveen de vasijas á los religiosos mendicantes.

Trancurridos pocos minutos, nos vemos obligados á interrumpir el paseo por el jardín.

Ram Naraina avanza hacia nosotros.

Es un niño de unos diez años. Sonríe y muy gentilmente nos alarga la mano dándonos la bienvenida. Su expresión es tan dulce é inocente que me siento preso de profunda piedad al verlo rodeado por aquella turba de guardianes que le siguen constantemente en el pequeño mundo que forman los cuatro muros de este monasterio.

Es originario del Norte de la India, y no comprende otro idioma que el *marathi*. El *Mahant* lo ha adoptado por su sucesor, después de haber recibido dos ó trescientos mil francos de gratificación de su familia así honrada.

Como los Lamas en Tibet y en China, los *Mahants* indios adoptan en vida un heredero, que educan para el cargo.

(1) Arbol de la familia de las terebintáceas, que crece en las Indias orientales, en el Malabar, Goa, Bengala, etc.

Aún no hemos terminado de estrechar la mano del futuro Mahant, cuando ya sus servidores se lo han vuelto á llevar.

«Es la hora del baño,» nos han dicho.

Acabábamos de tocarlo, y era necesario purificarle inmediatamente de la mancha que le había producido el contacto de las manos de los «parias blancos.» Esta era la verdadera explicación de su brusca despedida.

No habíamos podido cambiar ninguna palabra con él, pues no conocíamos su idioma; pero lo habíamos visto bastante para darnos cuenta de la profunda tristeza que velaba su semblante.

Bien á su pesar se separó de nosotros. ¡Una visita es una distracción, para quien tiene tan pocas!

Mientras se alejaba el prisionero, no pudimos menos que compadecerle. El Mahant lo forma para el cargo, es decir, lo deforma. Con la edad y las pasiones, sus facciones, hoy finas y puras, perderán sus encantos y se volverán marchitas, ajadas por los vicios que habrán hecho su obra. Se le ha arrancado de su madre, y de hora en hora se le arrastra de práctica en práctica, de ablución en ablución, de ceremonia en ceremonia.

Un día será Mahant, y por consiguiente, tendrá oro y cuanto el oro procura. El gozará hasta el embrutecimiento, en medio de lisonjas, adulaciones y aun la idolatría de su persona. Entonces Ram Naraina, el joven brahman de los ojos claros y la faz dulce y luminosa,

se parecerá á uno de estos miles de *Sadhus* y *Fakirs* que se encuentran en las carreteras de la India.

III

Cuando Ram Naraina será Mahant, ¿qué habrá sido del Mahant actual?

El Mahant actual estará muerto. Su alma «chispa divina,» habrá sido asimilada á Brahma, mientras que su cuerpo, forma ilusoria, habrá sido consumida en una pira de madera de sándalo.

Sobre sus cenizas, encerradas en rica urna, se habrá construido un templo siguiendo á otros siete que se han elevado ya en un rincón del jardín. Este rincón no está abierto á los profanos, y nosotros lo visitamos gracias al interés de nuestro cicerone, á quien habíamos dado buena propina.

Estos siete templos, construidos en memoria de los antecesores del Mahant actual, tienen todos la misma forma y las mismas dimensiones. Son pequeños oratorios de blanca cúpula, y puertas ennegrecidas por el humo del incienso y de las antorchas, señal de que los adoradores no han faltado.

Sacerdotes de Vishnu, los difuntos se convierten en una de sus numerosas encarnaciones.

El Mahant actual, tiene singulares títulos para conseguir honores parecidos. Es un hombre de pervertidas



AFRICA PINTORESCA.—FERNANDO POO: RDOS. PP. MISIONEROS ALEJANDRO SANZ, MANUEL MALLÉN Y FLORENTINO HERRERO, CON VARIOS AMIGOS Y ALGUNOS MORENITOS, EN SANTA ISABEL. El primero, murió víctima de su celo en Santa Isabel, y los otros trabajan todavía en España, á donde regresaron enfermos.—Reproducción directa de fotografía remitida por el R. P. Marcos Ajuria, C. M. F. (Pág. 66)

costumbres. Pero él murmura fórmulas mágicas y bendiciones, practica regularmente sus abluciones, invoca á Vishnu cuando está enternecido, y entretanto hace asesinar á sus amigos. Esto no impide, sin embargo, que la divinidad se desarrolle dentro de su cuerpo, y un día le serán concedidas las glorias de un apoteosis. Aún no habrá cerrado los ojos que su Encarnación será proclamada como hecho cierto y el incienso empezará á arder bajo la cúpula de su templo.

¡Extraña aberración de un pueblo que se civiliza y que no está desprovisto de inteligencia!

Los indos aprenden rápidamente la teoría de los eclipses y de las mareas; pero guardan fe profunda en sus libros sagrados. ¿El más soñador de entre ellos, el Bagarad Gita, no dice expresamente?:

«Ninguna mancha puede tener quien ofrece todas sus acciones á Brahma, como la hoja del lotus no es manchada por el agua en que flota.»

Esto quiere decir que la virtud es compatible con el pecado, pues que mientras se comete, el pecador puede pensar en Brahma.

IV

La noche en la India parece una caída de telón. Llega súbitamente. El sol, como inmenso disco rojo, resbala por el horizonte; á la brillantez del día sucede el crepúsculo de dulzura y belleza extraordinarias acompañado de mágicos efectos de luz.

Este es de corta duración, pero espléndido. Después rápidamente sobrevienen las tinieblas.

Como nosotros tenemos que volver de día, no tardamos en batirnos en retirada y traspasamos de nuevo los muros del monasterio.

Por todas partes encontramos religiosos pintada la

frente con señales rojas ó blancas, según la secta á que pertenecen. Su aspecto es bien extraño; sus ojos carecen de brillo, su barba y cabellos están en desorden. Silenciosamente se van á la cocina pública.

El monasterio ofrece hospitalidad efímera á esos religiosos nómadas, mendigos y eternos peregrinos, los cuales se alojan en él algunos días, y después continúan su vida errante, yendo de santuario en santuario, hasta que vencidos por la fatiga, agotados por las maceraciones que les atraen la admiración de los verdaderos indos, se echan una tarde junto á la pared de una pagoda ó á la sombra de un árbol sagrado, para no levantarse más.

El hermano lego explica sin cesar sus actos meritorios; sin embargo, sabe otros que no son tan edificantes. El nos enseña, al pie del muro, un foso profundo en el cual ha obligado el Mahant á muchos de sus amigos un poco comprometedores, á tomar las últimas abluciones, que han sido eternas.

En llegando á la puerta saludamos á nuestro amable «cicerone», que está orgulloso de habernos guiado, conociendo nuestra calidad de sacerdotes católicos, y nos toma por Mahants, Mahants de los pies pequeños, pensará él, y nos dice:

—*Padri, siramoulou namascar!* (¡Padres, mis respetos!).

—*Namascar.*

Como recuerdo de mi visita al monasterio indo de Berhampur, me llevo un ramo de flores de lis y de rosas ofrecido por un guardián.

En este cercado de idolatría, sólo estas bellas flores cantaban la gloria del verdadero Dios, y, mirándolas, no pude menos que pensar en Ram Naraina, ¡la dulce y melancólica flor brahamánica!

MÉJICO

ÚLTIMOS MOMENTOS DEL GENERAL HUERTA

Atendiendo á que varias veces hablaron LAS MISIONES CATÓLICAS del que fué Presidente de la República de México, ilustre General Huerta, creemos deber de justicia la publicación del siguiente notable artículo, que con imparcialidad enumera las cualidades y defectos del heroico General que, injustamente abandonado y perseguido, muere perdonando á sus enemigos, haciendo pública profesión de fe católica, y estrechando en su pecho al Rey de los cielos. ¡Que Dios tenga en su santa gloria al gobernante enérgico, al patriota insigne, que supo renunciar el poder antes que doblegarse á extrañas influencias que deshonran!

I.—LA PRENSA

Ciertos periódicos democráticos, que se inspiran en «La Raza», de la ciudad de San Antonio, exclamaban con satisfacción pocos días después de la muerte del General Huerta: «¡Un criminal menos!»—Otros ensalzaban el triunfo y goce del Presidente Wilson al ver á su enemigo expirar en un calabozo.—

Otros más dignos rechazaban con indignación la especie de que las penalidades de la cárcel le hubieran ocasionado la muerte; pero poco después publicaba *La Prensa* de San Antonio un telegrama del mismo Huerta, retardado en su transmisión, en que con la medida propia de un preso decía á un amigo suyo «que no era improbable que los sufrimientos de Fort Bliss hubieran agravado sus dolencias.»

De todos modos, el tratamiento, que la prensa ama-

rilla de los Estados Unidos y México ha dado al caído, al difunto General, es indigno de un corazón bien nacido, es cruel y sanguinario, por no decir injusto.

Nosotros no somos ni Huertistas, ni mexicanos; mas creemos, con el *Public Ledger* y con toda la gente de honor, que la conducta de la Casa Blanca con el General Huerta es más avergonzar á un americano que se respeta, que para alegrarle.

Cuando se ha tenido tantas consideraciones con Villa y con otros jefes de igual categoría, cuando se les ha ofrecido públicos honores y banquetes, cuando se los ha recibido con oficiales distinciones en las ciudades americanas, cuando á todos los revolucionarios se les ha permitido entrar y salir, vender el fruto de sus latrocinios y comprar armas libremente, ¿no resulta injusto y solemnemente ridículo alegar leyes de neutralidad en contra de uno solo y detenerlo largos meses en la cárcel sin querer ocuparse con su proceso hasta que la muerte vino á romper sus cadenas?

Algo debía de haber en el General Huerta que no se hallaba en los demás revolucionarios, y que estorbaba los inconfesados proyectos de la Casa Blanca... y ese algo creemos que era el patriotismo, el sentimiento de la dignidad nacional, el espíritu de una raza indómita que prefiere, como Cuauthemoc, morir en los tormentos antes que entregar á manos ajenas los tesoros y tradiciones de su pueblo.

II.—CUALIDADES Y DEFECTOS

Cuando Huerta renunció al poder fué, como lo dijo después, porque creyó un instante que él servía de estorbo á la paz y bienestar del país: se sacrificó para dar lugar á que manifestaran su patriotismo aquellos que se llamaban libertadores de su pueblo. Un ambicioso se hubiera refugiado, con los elementos que tenía, en las montañas, y desafiado desde allí, como Villa y Zapata, las iras de los preconstitucionalistas. Huerta prefirió salir del país y dejar libre el campo á sus enemigos; deshizo el resto de autoridad, de legalidad y de orden que quedaban en sus manos, y lo entregó á sus nuevos amos. Estos no han acertado más que á destruir hasta sus cimientos las riquezas é instituciones patrias, y no piensan más que en seguir destruyendo, extranjerizando, dividiendo y desmenuzando, para que con más facilidad vayan penetrando, si no los cañones, la avalancha de mercaderes, de terratenientes, de amos extraños.

Huerta, como todos los hombres, tuvo sus faltas y sus defectos: Huerta fué un dictador como lo han sido también, lo son y lo serán todos los jefes carrancistas; Huerta no fué político ni diplomático; Huerta no supo ganarse las simpatías de la gran masa del pueblo ni de los católicos; Huerta tuvo que valerse de hombres que, á veces, deshonraron su causa; Huerta no tuvo siempre la veracidad y prudencia que pedían las circunstancias para inspirar la confianza dentro y fuera del país; Huerta no castigó los asesinos de Madero...

Pero Huerta fué un patriota sincero, amante y conocedor de las glorias y tradiciones nacionales; buscó empeñosamente gente capaz, inteligente y honrada para que le ayudara en el Gobierno y, si no la halló siempre,

fué debido á los apuros en que se encontraba; fué un hombre de un valor y sangre fría extraordinarios; fué un optimista juicioso que nunca desconfió del remedio y del resurgimiento de su patria; fué un hombre recto, honrado, y en su vida privada modelo de padres y de esposos; fué el primer liberal que se atrevió á reconocer públicamente la existencia de supremas leyes morales y del Legislador universal; Huerta, aunque muchas veces se desvió de su camino en su carrera política y militar, era un creyente sincero é ilustrado; poseía esa fe mexicana, gloria de su raza, prenda de sus virtudes y semilla de esa vida nacional que no puede morir; Huerta, como cristiano, supo reconocer sus yerros y brindar con el perdón á sus enemigos, solicitando para sí el mismo favor: esa noble acción, que regenera á un hombre, es una prueba más de un alma recta y grande. La absolución que, en nombre de Dios, le impartió el sacerdote, no es, como lo pretendió cierto papelucho insulso, la aprobación de los extravíos del hombre: es su reparación en la manera que lo puede una alma que quiere dar, en los umbrales de la muerte, el supremo testimonio de su amor á la justicia.

III.—MUERTE CRISTIANA

La víspera de su muerte una persona desconocida mandó decir una Misa para que el *prócer* disfrutara, en los últimos momentos, los consuelos sobrenaturales de la Religión.

En la misma mañana, estando todavía en el completo uso de sus facultades y con bastante entereza, recibió con gusto la visita del sacerdote que introdujo su esposa. Después de algunas palabras de cortesía, al saber el objeto de la visita, contestó con franqueza militar:

—Pues, Padre, estoy incondicionalmente á las órdenes de usted, á usted le toca mandar...

Habló despacio y á su satisfacción, dejando arreglado que á las cuatro de la tarde se le llevaría el Viático y que asistiría toda su familia.

A la hora fijada, un altar se hallaba preparado en el cuarto del enfermo y él mismo, con toda paz y contento, miraba á los de su familia y á dos nietecitas derramando flores en el suelo, arreglando ramilletes y luces para recibir dignamente al divino Huésped que venía á traer el ósculo de reconciliación al viejo militar.

Al llegar el Santísimo, el General se incorporó en su cama, sostenido por su esposa y por uno de sus hijos. Asistían al acto, además de los miembros de la familia, los Generales Alesio, Robles, Bravo y algunos otros, cosa de dieciocho personas.

Dejando el copón en el altar, según el rito toledano, tomó el Padre una cruz, y acercándose al enfermo, le dijo:

—Para que usted reciba á Nuestro Señor Jesucristo, que lo ha venido á visitar, es necesario que, como fiel y católico cristiano, crea y confiese los principales misterios de nuestra santa fe católica que profesó en el bautismo. Por lo tanto: ¿Cree en Dios Padre Todopoderoso, Criador del cielo y de la tierra y de las cosas visibles é invisibles?

—Sí, creo—contestó con voz firme el General.

—¿Cree en Jesucristo su único Hijo?

—Sí, creo.

Y así fué repitiendo los diversos artículos del símbolo.

—¿Cree que todos hemos de resucitar en nuestros propios cuerpos para que cada uno reciba galardón ó castigo conforme á sus obras?

—Sí, lo creo.

—Pues en esa fe y creencia adore la santa Cruz.

Y el General la besó, diciendo: «Adórote, Señor mío Jesucristo y bendígo te, porque por tu santa Cruz redimiste al mundo.»

Tomó después el sacerdote la hostia consagrada y alzándola sobre el copón, dijo:

—He aquí el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo.—Réstale confesar los Sacramentos de la Santa Iglesia Católica por los cuales nos salvamos. ¿Cree que, en la Iglesia Católica, por el bautismo y por los otros Sacramentos nos perdona Dios nuestros pecados y nos hace herederos de su reino?

—Sí, lo creo.

—¿Cree que esto que yo ahora tengo en mis manos es el verdadero Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo?

—Sí, lo creo.

—Fuera de esto, ¿perdona de corazón á todos los que le han hecho injurias ó dado alguna pena?

—Sí, les perdono,—contestó con resolución el General, mientras saltaban las lágrimas en el rostro de muchos circunstantes.

—¿Pide asimismo perdón á aquellos que, en algún tiempo, ha ofendido por palabra ó por obra?

—Sí, lo pido.

Con estas disposiciones rezó el General la oración: «Señor, no soy digno de que entréis en mi morada, mas, por vuestra sola palabra, mi alma será sana y salva.»

Recibió en seguida, profundamente conmovido, la sagrada Comunión entre las lágrimas y sollozos de los suyos, quedando un buen rato recogido en conversación íntima con su Dios, con una paz y contento que superaban todas las dichas humanas.

Al día siguiente volvió el sacerdote, llamado por la familia; le administró la Extremaunción, le absolvió de nuevo, le hizo la recomendación del alma y lo dejó cuando ya había perdido el conocimiento.

Que sobre esta tumba se levante el odio del infierno no nos extraña. Los hombres que se han acostumbrado á dejarse llevar de bajas pasiones, cuyo único móvil es la ambición ó el odio, que desprecian desde el hueco solio de su grandeza á los demás mortales que no piensan como ellos ¿cómo han de entender la sublimidad de las virtudes cristianas? Nosotros, que sabemos lo que vale el perdón de las injurias en un hombre del temple de Huerta, que había visto humillado en su persona el honor de toda su raza; nosotros que comprendemos la grandeza y sinceridad de un hombre que pide espontáneamente perdón á los que haya ofendido, no podemos menos de sentir inmenso respeto al ver agigantarse esa figura, y lanzar sus más bellos fulgores al borde del sepulcro.

Revista Católica, 13 Febrero, 1916.

Las Vegas. Nuevo México (EE. UU.).

CRONICA MENSUAL DE LAS MISIONES ESPAÑOLAS DEL GOLFO DE GUINEA

POR EL RDO. P. MARCOS AJURIA, MISIONERO HIJO DEL INMACULADO CORAZÓN DE MARÍA

Construcción de una Capilla en Annobón



En Annobón la isla más distante de los territorios que constituyen la Colonia española del Golfo de Guinea.

Los que habitan aquella distante isla, sólo tienen comunicación mensual con el resto de la Colonia. Y es cuando mejor están, pues en anteriores tiempos la tenían cada dos meses y más.

Hay allí una Misión ó estación de Misioneros, los que en medio de privaciones y sacrificios no cesan de trabajar en la evangelización y perfección de los indígenas.

El Rdo. P. Lázaro Arconada, cuyo nombre no es nuevo para los lectores de LAS MISIONES, nos envía abundantes datos sobre la construcción ó rehabilitación de una Capilla.

Preliminares

Aunque uno es propiamente el pueblo de Annobón y en él radican todos los habitantes; pero como éstos

viven á temporadas en diferentes puntos de la isla, de ahí que en esta crónica hablemos de poblados.

Son tradicionales las Capillas en Annobón y las tenían cuando fué allá la Misión católica.

Viendo últimamente el Superior Rdo. P. Pujolar el lamentable abandono en que tenían sus capillas, que no merecían el nombre de tales sino más bien de inmundas chozas, concibió la idea de remediar el mal.

Primera visita

La hizo el Rdo. P. Pujolar al poblado de San Antonio, situado al sur de la isla, no sin antes detenerse algo en los de San Pedro y Santa Cruz, que se hallan al este y oeste, respectivamente, recorriendo para ello casi toda la isla, subiendo y bajando escarpados montes y pasando ríos, todo en ocho horas.

Un llamamiento

Después de descansar brevemente de las fatigas de tan larga y penosa jornada, hizo un llamamiento á todo el pueblo en general y á los encargados de la capilla

en particular, acerca de la necesidad de renovarla, pues era vergonzoso que siendo cristianos tuvieran en tan deplorable estado lo que había de ser digna morada del Señor.

Añadióles que la reconstrucción de la Capilla no había de correr sólo á cuenta de los Misioneros, sino que también ellos tendrían que contribuir.

Recibieron bien la indicación y luego se industrializaron para costear la imagen del Santo Patrón y reunir algunos fondos para aligerar los gastos. Lo mismo hicieron los moradores de los otros dos poblados.

Recelos y desconfianza

Al mes de iniciarse tan buenos proyectos echáronse encima las lluvias y se hizo imposible volverles á visitar á causa de las revueltas mareas y malos caminos. De aquí que el entusiasmo de los cristianos se enfrió y empezaron á recelar y perder la esperanza.

Propósitos sin cumplir

Al fin, ya que el Misionero no podía visitarles según era su deseo, los encargados se presentaron en la Misión para manifestar su propósito de hacer algo. Así lo prometieron y volvieron con instrucciones; pero nada hicieron. Pasó la estación lluviosa, vino la seca, y la Capilla continuaba en su primitivo estado.

Segunda visita

En vista de lo indiferentes y fríos que permanecían respecto del asunto de la Capilla, no hubo más remedio que preparar el sencillo equipaje y dirigirse en pobre embarcación al poblado de San Antonio, distante dos horas. Lo primero que hizo el Padre al llegar fué reunir la gente menuda y dirigirlos machete en mano al próximo bosque para cortar ramas de coco, etc., pues era preciso preparar un altar para poder celebrar el día siguiente la santa Misa. También se improvisó un confesonario, sencillo, sí, pero que sirvió admirablemente para que más de cincuenta personas limpiaran sus conciencias y pudieran después fortalecerse con el Pan de los Angeles.

Nueva exhortación

Aprovechando la notable concurrencia, dirigióles el Misionero su fervorosa y persuasiva palabra, recordándoles encarecidamente el compromiso que un año atrás habían contraído y que todavía estaba incumplido. Muy bien les pareció todo, y unos treinta hombres dieron palabra de tomar por su cuenta la construcción de la capilla. El siguiente día fueron al bosque á cortar y acarrear tablas, viguetas, palos, etc., de modo que en menos de un mes dieron cima á las obras.

Más contratiempos

Cuando todo estaba á punto para con toda la posible solemnidad bendecir la deseada Capilla, sobrevino el contratiempo de los tornados y aguaceros que impedían el traslado allá, aparte de que aún no se había recibido de Barcelona la efigie del Santo Taumaturgo, que en el próximo correo se esperaba. Por estas razo-

nes hubo que aplazar la inauguración de la Capilla, que bien pudiéramos llamar ermita de San Antonio.

Una escuela

Mientras tanto, á fin de que los niños y niñas no olvidaran cuanto en la Misión habían aprendido y fueran cultivando sus inteligencias, aprovechóse el tiempo para levantar un cobertizo que sirviera para escuela. Los niños y niñas fueron quienes más parte tomaron en los trabajos. Para maestro y maestra nombráronse dos jóvenes de los más adelantados en letras y labores y de mejor conducta, quienes poco antes habíanse unido en santo matrimonio.

Casita del Misionero

Provistos ya de Capilla y escuela, tuvieron los cristianos la plausible idea de levantar una casita en donde el Misionero pudiera albergarse en sus visitas al poblado. No resultó á la verdad un palacio, pues es una chocita de cuatro por dos metros con techumbre de paja ó hierba seca, que tanto se presta á guarida de ratones y otros bichos repugnantes; pero al fin sirve para que el Misionero pueda con cierta independencia y sin tantas distracciones practicar sus rezos y devociones.

Llegó por fin

Las repetidas insistencias de los cristianos movieron al fin al Padre á señalar en definitiva el día de la fiesta. Salió para allá el Misionero para hacer los preparativos, en los que trabajó varios días y parte de las noches.

La víspera

Afluyeron muchos de otros poblados para concurrir á la fiesta. El intrépido P. Pujolar, que por el bien de la Misión tuvo que regresar á ella, volvió la víspera al lugar de la fiesta. En la plaza le esperaban muchos, y mientras subía la empinada cuesta, le acompañaron al son del bombo y platillos. Por la tarde hubo pasacalles, animando al vecindario una original orquesta compuesta de media docena de ocarinas, flauta, bombo, platillos y algún otro instrumento.

La bendición

El día de la bendición á las cinco y media de la tarde los muchachos hicieron un llamamiento general por medio de los indicados instrumentos. Aquella se verificó solemnemente á las seis de la tarde en medio de grande concurrencia, rezándose después el santo Rosario que terminó con el canto "Tantum ergo" en su propia lengua ambú.

La fiesta

Llegado el día de la fiesta, lo primero que hicieron los dos Padres muy de madrugada fué sentarse en el confesonario, teniendo el consuelo de que muchos se les acercaran, para disponerse á recibir el Pan de los Angeles. Entre el crecido número de comulgantes hubo una mujer que hacía treinta años estaba distanciada de los Sacramentos.

Para dar más esplendor á la fiesta se presentaron á la hora oportuna las Autoridades españolas de la Isla,

ó sean el comandante del Puerto y el practicante, á quienes se hizo un buen recibimiento.

La Misa cantada

En la hora anunciada se cantó solemne Misa en la ya bendecida Capilla. El celebrante R. P. Pujolar al explicar el santo Evangelio de la Dominica, dió gracias á cuantos de alguna manera habían contribuído al levantamiento de la capilla ó al mayor esplendor de la fiesta. Hízoles ver, entre otras cosas, como en todos tiempos y en todos los pueblos ha habido lugares especialmente consagrados á honrar á la Divinidad, eligiéndose con preferencia la cumbre de las montañas y la profundidad de los bosques, sacando de ello consecuencias prácticas.

La comida

No había de faltar en el programa de las fiestas este para ellos tan importante número. Así fué que la abundancia y buena calidad de las viandas acabó de regocijarlos por completo.

Bendición de la cruz

Cuando parecía que todos estaban hartos y satisfechos con la refección corporal, dejóse oír la ronca voz de una barra de hierro que pendía de las viguetas salientes de la capilla. Era la original campana que llamaba al santo Rosario. Terminado el mariano ejercicio, el Rdo. Padre, revestido con capa pluvial, bendijo la cruz conmemorativa que en la plazuela de la Capilla se había levantado. Esta hermosa ceremonia puso digno remate á la fiesta, que difícilmente olvidarán los hijos de Annobón.

Conclusión

Estas son las fiestas que con motivo de la nueva capillita se celebraron. Sencillas y sin importancia las considerarán algunos, pero sólo Dios sabe los sacrificios que costaron al Misionero, así por mar como por tierra, exponiéndose más de una vez á perder la vida por la inseguridad de las miserables embarcaciones.

Un ruego

Los buenos lectores de LAS MISIONES se han enterado del *primitivo* instrumento que ha de usarse para llamar á la iglesia. ¡Cuánto más dignamente llamaría

una sencilla campana si de ella se dispusiera. ¿De dónde vendrá?

En favor del Ilmo. Sr. Vicario Apostólico

Iniciada por un dignísimo Abogado de la Colonia, sigue abierta la suscripción en favor de nuestro ilustrísimo Vicario Apostólico, con el fin de regalarle, como homenaje de la Colonia, un báculo pastoral, con motivo de las Bodas de Plata del Gobierno eclesiástico de la misma. Bien merecido tiene este homenaje nuestro reverendísimo Prelado, que durante cinco lustros no ha dejado de trabajar para el bien espiritual y temporal de su querida Colonia. Hasta hoy se llevan recogidas 425 pesetas.

Inauguración de la iglesia

Por fin, los Misioneros y la Colonia entera vamos á tener el consuelo de ver inaugurada la nueva iglesia de Santa Isabel.

Nos decía estos días el Ilmo. P. Vicario Apostólico: «Hace 17 años se bendijo la primera piedra de la suspirada iglesia y empezáronse los trabajos de la misma. En tan largo lapso de tiempo, en vista de las graves dificultades con que se tropezaba, muchas veces desconfiamos verla inaugurada; pero Dios nos ha concedido ver tan suspirado día.»

Tal prodigio han hecho, después de la protección de lo Alto, la generosidad de los fieles, blancos y de color, las privaciones y sacrificios de los Misioneros y la abnegada labor y actividad de los Hermanos Coadjutores, que día tras día no han cesado de regar las obras con el sudor de su frente.

Las fiestas de la bendición é inauguración de la iglesia están señaladas para los días 22 y 23 del corriente Enero y prometen ser muy lucidas.

Después de la inauguración se levantarán las torres y se irán haciendo otras obras secundarias.

El vapor correo

El día 9 llegó á Santa Isabel el vapor correo de España «Isla de Panay,» que esta vez escapó á las pesquisas de los vapores aliados. Zarpará para España el 22 con unos 28,965 sacos de cacao, ó sean unos 1.718,582 kilos.

Basile, 20 Enero de 1916.

LIMOSNAS PARA COADYUVAR A LA SANTA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE

PRIMER TRIMESTRE	Ptas.	Cts.		Ptas.	Cts.
<i>Suma anterior:</i>	388	45	<i>Suma anterior:</i>	433	45
Para la R. M. María Mercedes de San Andrés, Superiora de las Franciscanas Misioneras de María (Japón: Hitoyoshi-Higo)			Para el R. P. José M. ^a Iruarizaga, misionero apostólico en el Shensi Norte (China)		
CALACEITE.—J. M. E.....	10		CALACEITE.—J. M. E.....	10	
ESTELLA.—D. ^a Sabina de Azcona de Tejada.....	35		Para las Misiones más necesitadas		
<i>Suma y sigue:</i>	433	45	ALCOY.—Varias señoritas amantes del Sagrado Corazón de Jesús.....	16	
			<i>Total:</i>	459	45

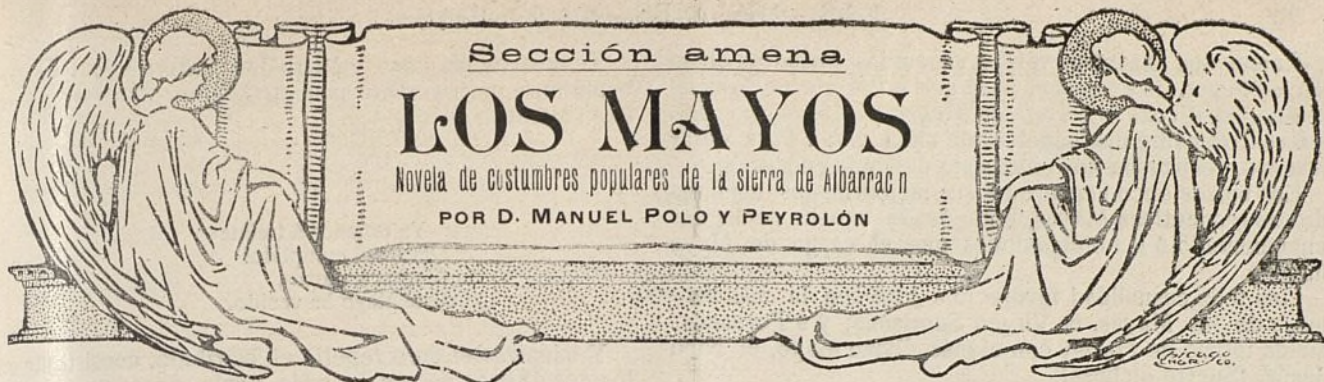
Total recaudado este primer trimestre y va á ser enviado al Consejo Central de la Obra de la Propagación de la Fe 459'45 pesetas

Los neófitos en sus oraciones y en sus sacrificios los misioneros, encomiendan á Dios muy especialmente á todos sus bienhechores

LOS MAYOS

Novela de costumbres populares de la sierra de Albarracín

POR D. MANUEL POLO Y PEYROLÓN



Allí estaban aquella noche todos los mozos del lugar: José, su amigo Antonio, Milhombres, Perotes, Mincho, Jeromo, Manolín, Polainas, Juan Rubio, el Largo, Miguelón, Poquita, el Zurdo y otros muchos, bajo la presión moral del hijo de la casa Andrés Aguirre, y bajo la presidencia efectiva de Juan Rubio, de genio en alto grado conciliador, el más viejo y el más práctico en las rancias costumbres del lugar.

Acababan los congregados de comerse una pierna de carnero bien aderezada con ajos, laurel y caldo abundante, por el ama de la casa, la tía Anacleto, y de nuevo la humedecían en sus estómagos con repetidos jarros de vino.

Sobre una *escañeta*, alrededor de la que formaban corro, alumbrados por una cepa de tea que ardía en la almenara, estaban extendidas tantas papeletas como mozos y mozas había en el pueblo, con los nombres y apellidos ó apodos de cada uno.

—Ea, muchachos, por dos reales á escoger—dijo Juan Rubio.

—Aquí están los míos (contestó Miguelón): escojo á la Corza.

—¡Hola! ¡Hola! ¡Parece que te gusta lo bueno!—exclamaron todos chanceando, riendo y pegándole palmadas y empujones capaces de hundir un par de costillas á otro menos fornido que aquel mocetón, caricias con que frecuentemente se obsequian unos jóvenes á otros, porque en todas partes, y sobre todo entre las gentes del campo, la juventud es juguetona.

—Mis dos reales me cuesta. ¡Canario! dejadme en paz, observó Miguelón; y tomando las papeletas que contenían su nombre y el de la Corza, las inutilizó, arrojándolas al fuego.

—¡Animo, chiquillos! ¿Quién quiere más?

—Dos reales por Cirila—dijo el Zurdo.

—Tres—añadió el Largo.

—Cuatro—replicó aquél.

—Cinco—duplicó éste.

Un palmoteo general acogió este principio de lucha.

—¡Alto ahí, muchachos (observó el sesudo Juan), que esto no es ninguna pública subasta! Lévese á Cirila su novio, y no hay que hacer mal tercio á nadie.

—No, señor; no, señor—gritó la asamblea.

—Cirila es mi novia—dijo el Largo.

—Fué (añadió el Zurdo), ahora habla conmigo.

—Zurdo, no hay que reñir por eso. Vamos adelante, y á quien San Juan se la dé, San Pedro se la bendiga.

—No echas roncás, Largo; que aún me queda un duro en el bolsillo.

—Nada de *piques*, camaradas (observó el Rubio). ¿Qué hacemos?—preguntó á la Ronda.

—Adelante, adelante (contestaron los mozos). Ya se sabe de siempre: para el que más dé.

Efectivamente: la Ronda estaba en lo cierto. Costumbre inmemorial permitía á todos los mozos escoger Maya antes del sorteo. Para dirimir, no obstante, las contiendas, si dos ó más galanes se fijaban en una misma moza y para costear la fiesta, se admitió una especie de subasta. Aunque prosaica y casi ofensiva para la mujer semejante costumbre, heme propuesto pintar al natural mi cuadro, y no puedo omitir esta pincelada. Por otra parte, meritorio es para un pobre serrano el sacrificio de su escaso caudal en aras del corazón. Hubo, pues, que proseguir.

—Cinco reales da el Largo por Cirila: ¿nadie da más?—preguntó Juan Rubio.

—Veinte—dijo Jeromo.

—¡Firme! ¡Firme!—gritaron algunos.

Transcurrieron algunos segundos en el mayor silencio; el Largo registraba inútilmente sus bolsillos, y como nadie pujó más, fué adjudicada la joven al mejor postor.

—Siga su curso la procesión, muchachos—propuso Juan.

—Media peseta por María Moñohueco—dijo el único mozo que vestía pantalón, de ojos hundidos, nariz afilada, pómulos salientes, alto como un perro sentado, seco como un espárrago, y tieso cual si llevase atravesado un asador.

Carcajada general acogió las palabras del Barbero: José se indignó. El Cojo se levantó sonriéndose, y contoneándose por la estancia, apoyado en su *gayata*, dijo:

—Una peseta.

—Dos—añadió José.

—Tres—replicó aquél.

—Cuatro—duplicó éste.

El Barbero escuchaba con un palmo de boca abierta, contemplando con asombro á sus rivales; pero por más que registraba los bolsillos del chaleco y de la chaqueta, sólo encontró en ellos la consabida media peseta con algunas colillas de cigarro y migas secas de pan.

—Un duro—dijo el Cojo.

José perdió el color, frunció el ceño, y volvió la cabeza para no ver á su rival. El fiel Antonio adivinó la situación pecuniaria de su amigo: se acercó á José, y sin que nadie lo notase, puso veinte reales en su mano. Estrechó José tiernamente la de Antonio, y encarándose con el Cojo, exclamó:

—¡Dos duros!

Dudó el Cojo algunos segundos. Luchaban en él, por una parte su tacañería habitual, y por otra su vanidad en evidencia.

Juan Rubio decía entretanto con tanta calma como sorna:

—A la una.... á las dos.... á las....

Antes de que concluyese, gritó el Cojo:

—¡Un doblón!

—¡Bravo! ¡Bien! ¡Bravo!—exclamó la cuadrilla, moviendo un estruendo y algazara indescriptible, no porque celebrase el triunfo del Cojo, sino porque con aquellos cinco duros había lo suficiente para costear la cena y demás gastos de la fiesta, ó, lo que es lo mismo, porque se divertían gratis.

José devoró en silencio su derrota.

Juan Rubio proclamó Maya del Cojo á María Moñohueco, é inutilizó las papeletas. Iba á darse por terminada la subasta, cuando dijo Perotes:

—Dos cuartos por la Coneja.

La Ronda dió rienda suelta á su alborozo; las risas eran generales; la gritería descomunal. Todo porque se trataba de una de las más feas mozas del lugar. Y es que la honorable asamblea no tuvo en cuenta que más vale un gusto que cien panderos, y que si niño y ciego se representa al amor, lo es en realidad. Se cuenta de cierto joven que se enamoró perdidamente de las orejas de una muchacha, y Perotes estaba muy en su derecho enamorándose de la fealdad misma.

No habiendo más postores, las papeletas de las mozas no escogidas fueron á ocupar el fondo de un puchero, y el de otro las de los mozos que aún no tenían Maya. Figuraba entre aquéllas una que decía: *La Virgen Santísima*, y entre éstas otra redactada en los siguientes términos: *El Niño Jesús*.

Removidos entonces varias veces los pucheros como suelen hacer las cocineras para que no se queme su contenido, verificóse el sorteo de Mayos y Mayas, sacando alternativamente una papeleta de cada urna. Para evitar fraudes, realizaron dos niños esta delicada operación.

Los mozos encomendaron á sus memorias los nombres de sus respectivas Mayas, para desde aquella noche dar cumplimiento á las obligaciones que el cargo de Mayo impone.

Una feliz casualidad favoreció á José con la más hermosa de las Mayas, la Virgen Santísima; y á Fernanda, amiga íntima de María, con el más divino Mayo, el Niño Jesús. ¡Suerte dichosa!

CAPÍTULO VI

Los Mayos



OMÓ entonces la Ronda sus cítaras, guitarras y guitarrillos, y templándolos salió á la calle. Momentos después las armonías de la jota aragonesa, primorosamente ejecutada, dejáronse oír en todo el valle.

Más de una vez he presenciado escenas semejantes. A las diez de la noche duerme Vallehermoso entero, sin que se oiga ni aun el suave ruido de su respiración. En cambio, la naturaleza, que recibe su aliento de Aquél que no necesita descanso, no duerme nunca; y nada más encantador y poético que esos mil confusos ruidos, esas armonías continuas que se oyen perfectamente de noche á largas distancias como si saliesen del seno mismo del silencio y de la obscuridad. Varias veces he querido analizar las impresiones que tales noches claras y serenas producen en el ánimo, para tener después el gusto de trasladarlas gráficamente al papel; pero es la pluma demasiado material para que sepa transcribir esas vibraciones tan dulces de nuestro ser, esa languidez y grata conmoción que el alma siente en presencia de una aldea que duerme, de un valle iluminado por la luna, lámpara inextinguible meciéndose en el espacio, de un arroyo de plata, que el paso entre sombras tuerce, y de un susurro suave y bullicioso, semejante al que produce el viento en las copas de los pinos, que partiendo del cauce del río convierte el silencio de la noche en armonía continua. Nunca escena más á propósito para levantar los ojos del suelo, fijarlos en la luna, y volar desde allí á Dios.

Cuesta arriba encamináronse los mozos hacia la iglesia. Los acordes de la jota aragonesa se oían lo mismo en los altos picos que en el hondo valle. La repetían á lo lejos los ecos de los montes, cuando una voz clara y robusta, dominándolo todo, con ese aire nacional, tan alegre y entusiasta como melifluido y tierno, entonó la canción siguiente:

Es María más hermosa
Que el oro y la plata fina;
Más que el agua cristalina
Que corre de llosa en llosa.

Terminado el cantar, los tañedores redoblaron sus bríos, y algún que otro ¡juí! ¡juí! ¡juí! ¡juí! chillón, semejante al repetido canto del polígamo sultán de los corrales, se dejó oír en todo el valle.

Llegados á la anteiglesia, colocáronse bajo la hermosa acacia que hay en el centro, y la misma voz cantó de nuevo:

En la puerta de la iglesia
Hay una piedra redonda;
Quien la pise y la repise,
Ese subirá á la gloria.

Aquí cesó la música, y dijo el Rubio:
—Ea, muchachos, basta de jota: que se disponga el Mayo de la Virgen.

Templaron de otra manera las guitarras, y con aire monótono, pero armoniosamente sentimental, cantó José lo siguiente:

I

Ya estamos á treinta
Del Abril cumplido:
Alegraos, damas,
Que Mayo ha venido.

Y mientras el coro repetía el estribillo, consistente en los dos últimos versos de cada copla, doce campanadas resonaron majestuosamente en la torre de la iglesia, y la eternidad dió á luz á Mayo entre canciones y flores. El de la Virgen Santísima continuó:

II

Ya ha venido Mayo,
Bien venido sea,
Regando cañadas,
Casando doncellas.

III

Ya llegó la noche,
Sea enhorabuena,
De cantarte el Mayo,
Regalada prenda.

IV

Paso á retratarte;
Pero aquí mi lengua
Proseguir no sabe
Y á cantar no acierta.

V

No hay pluma que sirva
Al pintor poeta,
Ni pincel que copie
Tu gentil belleza.

VI

Tu pelo es madeja
Del oro más fino,
Que envidian los rayos
Del sol purpurino.

VII

Tu frente espaciosa
Es campo de guerra,
Donde Cupidillo
Plantó su bandera.

VIII

Esas tus dos cejas
Un poquito arqueadas,
Son arcos del cielo,
Y el cielo es tu cara.

IX

Esos tus dos ojos,
Luceros del alba,
Alumbran el cielo
De mis esperanzas.

X

Tu nariz aguda
Como fina espada,
Los más duros pechos
Sin sentir traspasa.

XI

Esas tus mejillas
Blancas, coloradas,
Son, niña, azucenas
Con rosas mezcladas.

XII

Esas tus orejas
No gastan pendientes;
Aunque no te adornes
Te siguen las gentes.

XIII

Esos tus dos labios
Son clavel partido,
Que causan envidia
Al hermoso lirio.

XIV

Tu boca es chiquita,
Graciosa, risueña,
Con dientes menudos,
Que parecen perlas.

XV

Ese hoyo pequeño
Que hay en tu barbilla,
Es la sepultura
Para el alma mía.

XVI

Tu garganta es, niña,
Tan clara, tan bella,
Que el agua que bebes
Hasta se clarea.

XVII

Tu pecho, señora,
Es arca cerrada,
Donde prisionera
Se encuentra mi alma.

XVIII

Esos tus dos brazos
De la mar son remos,
Que al puerto conducen
A los marineros.

XIX

Son esas tus palmas
Tan maravillosas,
Que en flores convierten
Todo cuanto tocan.

XX

Esos tus diez dedos,
Cargados de anillos,
Son de mis prisiones
Cadenas y grillos.

XXI

Tu cintura es junco
Que me hace ir temblando,
Pues temo se rompa
Cuando vas andando.

XXII

Tu pie es pequeñito,
Y el andar menudo:
Con pasos como esos
Encantas al mundo.

XXIII

Zapatito negro
Con media calada:
Tan bella es la niña
Como recatada.

XXIV

Ya hemos dibujado,
Maya, tus facciones;
Ahora tu Mayo
Que te las adorne.

XXV

Quiérello, doncella,
Quiérello, mi dama,
Que es de buenos padres,
Y de gente honrada.

XXVI

Me ha dejado dicho
Que vendrá mañana,
A darte los días
De Mayo á la entrada.

XXVII

Con esta y no más
Dejamos tu puerta:
Quédate en la cama
De flores cubierta (1).

Dejó de cantar el Mayo de la Virgen, repitió la Ronda el último estribillo con toda la fuerza de sus pulmones, y marcháronse todos con la música á otra parte.

Previene la costumbre, código inmemorial de más fuerza á veces que la misma ley, que ante todo se canten los Mayos á la Virgen en la puerta de la iglesia. Deferencia religiosa es ésta difícil de hermanar con el saborcillo profano, gentilico y amoroso de los Mayos. Preciso es, no obstante, tener en cuenta que todos los pueblos del mundo han hecho del sentimiento amoroso una especie de culto, y que tan encarnada está la religiosidad en el pueblo español (digan lo que quieran los innovadores), que toda costumbre verdaderamente popular y española principia implorando la protección del cielo con más ó menos solemnidades.

Obsequiada, pues, la Santísima Virgen por su Mayo, y obtenida su venia, continuó la Ronda su nocturna galante excursión, cantando nuevamente los Mayos bajo las ventanas ó balcones de cada una de las mozas del pueblo sorteadas ó elegidas momentos antes.

Cada Mayo obsequió á su Maya cantando el romance consabido, mientras los demás mozos sus compañeros, le acompañaban con la música y repetían los estribillos formando coro.

Si dijese que las mozas oyeron los Mayos durmiendo á pierna suelta, ó dispiertas y entre sábanas, pero como quien oye llover, faltaría primero á la verdad, y daría después una prueba de no conocer á la mujer. Curiosas en extremo, la mayor parte dejaron la cama, echáronse una enagua á la cintura, un pañuelo al cuello, y con las trenzas sueltas conversaron desde el alfeizar de sus ventanas con los mozos de la Ronda, dedicando durante los estribillos no pocas frases á sus Mayos; otras, más recatadas, se contentaron con presenciar en silencio la escena tras las semiabiertas puertas de la ventana; y las menos, muy pocas, no dieron ninguna señal de vida, oyendo, sin em-

bargo, perfectamente desde la primera nota hasta la última sílaba.

Aquella noche á todas les retozaba la alegría en el cuerpo, muriéndose de curiosidad por saber el nombre de su Mayo, nombre que de una en una y poquito á poco oyeron ó adivinaron todas.

Tan placentera excursión terminó con el alba, quedando los Mayos roncós de tanto cantar y beber, y llenas las Mayas de ilusiones y esperanzas.

CAPÍTULO VII

De cómo donde menos se piensa salta una liebre, y de qué manera divertida y graciosa puede convertirse el silencio de la noche en descomunal tumulto



ADA mochuelo regresó á su olivo, y cada mozo á su casa. Entró José cautelosamente en la suya para no despertar á su padre. Precaución inútil: el tío Tejeringo dormía como un tronco, y roncaba medio silbando. Dicen que las mañanitas de Abril son muy dulces de dormir; pero exactamente lo mismo sucede con las de Mayo. Es lo cierto que por las rosadas puertas del Oriente despuntaba el primer día del mes de las flores, y aún continuaba durmiendo el tío Tejeringo. Dolorosamente preocupado José con su derrota, vacilaba entre meterse en la cama ó aprovecharse del sueño de su padre para participar á María la infausta nueva. El corazón triunfó por fin de la cabeza, y en vez de desnudarse, se dirigió sigilosamente y tomando mil precauciones, al balcón del huerto. Lo abrió con tanto miedo como cautela, pero sin poder impedir una especie de lastimero quejido que la puerta produjo al girar sobre sus goznes. José aplicó el oído, nada oyó, y deslizándose por entre las puertas del balcón, salió al huerto. Alboreaba el día, pero aún no había claridad bastante para distinguir los objetos. La mañana estaba fresca y perfumada como una rosa. José aspiró con delicia aquel ambiente vivificador, miró en torno suyo, y libre de toda escudriñadora mirada, se acercó á la reja de su novia, y tosió tres veces, otra de las señales convenidas entre los jóvenes enamorados para ponerse de acuerdo. María tosió á su vez dentro del cuarto, contestando.

—¿Estás despierta? preguntó José.

—No he podido cerrar los ojos en toda la noche, contestó María sin abrir la ventana.

—¿De pena?

—De desasosiego, mejor.

—¿Sabes lo qué pasó?

—Lo presumo. Estuve primero esperando con ansia oírte cantar; después me pareció reconocer al Cojo en el que cantaba los Mayos, y se me oprimió el pecho de tal manera, que no pude dormir.

—¡Pobre María mía! ¡Yo tengo la culpa!

—Tú, ¿por qué?

—Porque me daba el corazón lo que iba á suceder, y no lo impedí pegándole al Cojo una paliza.

—Si fueras capaz de hacerle daño á una mosca, no serías mi novio.

—¿Te alegra, por lo tanto, que no le haya roto las costillas?

—Mucho.

—¿Y también que no seamos Mayos?

—Eso no; pero ¿qué le vamos á hacer?

—¡Maldito doblón!

—¿Un doblón le ha costado la fiesta? ¡Caro capricho!

—Mil hubiera dado yo por ti, no uno.

—Si me vendo, no habrá, de seguro, quien á tal precio me compre.

—Si te vendes, de seguro te compra el Cojo.

—¿De veras?

—Dice que se ha de casar contigo, pese á quien pese.

(1) El Retrato que inserta Fernán Caballero en la página 22 de su relación *Callar en vida y perdonar en muerte*, dice así:

Tienes tu cabeza
Hermoso peinado;
Con hebras de oro
Lo tienes formado.
Tienes una frente
Que es plaza de guerra;
Donde amor triunfante
Puso su bandera.
Tienes unas cejas
Muy bien dibujadas;
No hay pincel que pueda
Tan bien colocarlas.
Tienes unos ojos,
Luceros del alba;
Que apagan sus luces
A la luna clara.
Es tu nariz fina,
Cual filo de espada,
Que á los corazones
Todos los traspasa.
Tienes unos labios...
Son dos coralitos,
Ya esconden, ya enseñan
Tus dientes bonitos.

Tienes una barba
Con un hoyo en medio,
Si en él me enterrasen,
Quisiera haber muerto.
Tienes la garganta
Tan clara, tan bella,
Que hasta lo que bebes
Se trasluce en ella.
Tienes unos brazos
Tan bien torneados,
No los tuvo Eva
Mejor acabados.
Tienes, niña, el talle
Como hermosa palma,
Que airosa descuello
Por entre las plantas.
Tienes unos pies,
Pisas tan airosa,
Que por donde pasas
Florecen las rosas.
Ya están dibujadas,
Niña, tus facciones;
Ahora viene Mayo,
Que las dé colores.

—¡Infeliz....! Pero á todo esto no me has dicho aún el nombre de tu Maya.

—¿Tienes celos?

—Según quien sea.

—La más hermosa del lugar.

—¿Es Cirila?

—No tal: pica más alto.

—¿Rosa?

—Tampoco; más encopetada aún.

—Pues no caigo.

—Te daré las señas. Es la más hermosa, la más rica, la más amable, la más pura....

—Calla.... ¡La Virgen Santísima!

—La misma; lo acertaste.

—¡Si vieras cuánto me alegro! Ya estoy contenta: que venga cuando guste el Cojo.

—¿Le harás buena cara?

—Es igual: mientras tú seas mi novio, no le tengo miedo.

—¡Dios te lo pague, María! Me quitas una gran pesadumbre. Y ahora abre un poco la ventana y toma tu duro.

—Ya me lo darás mañana: de noche no abro.

—No, mujer, abre un poquito nada más: cuanto quepa la moneda.

—Pues déjala, y vuélvete de espaldas mientras la tomo.

El chirrido que produjo la ventana al girar sobre sus goznes, despertó al tío Tejeringo. Se arrojó de la cama, tomó la escopeta, que cargada tenía en un rincón de la alcoba, y en calzoncillos salió al corredor. Aunque la luz era poca, distinguió perfectamente á su hijo, derecho junto á la reja de la tía Moñohueco, y medio se ocultó para espiarle. Esta, á quien no habían dejado dormir la música, coplas y griterías de los Mayos cantores, oyó distintamente los tres golpes de tos con que reclamaba José á María; pero continuó tranquila en la cama hasta que se convenció de que contestaba su hija. Entonces dejó las sábanas, se puso un zagalejo, tomó un jarro de agua, su arma favorita, y se asomó silenciosamente á cierta ventana que cae sobre la reja del cuarto bajo. El diálogo de los jóvenes al través de la cerrada reja no llegaba distintamente á oídos de la tía Moñohueco, por lo cual no quiso interrumpirlo; pero apenas María entreabrió las puertas de la ventana para tomar el duro, un chorro de agua descendió de lo alto sobre el enamorado José, y un tiro, disparado al aire como para asustar, sonó en el corredor del tío Tejeringo. La reja se cerró con estrépito. Corrió José como un gamo, saltó la pared del huerto, y como aún llevaba la llave, entró en su casa por la puerta principal, se desnudó en un segundo, y se metió en la cama, procurando hacerse el dormido. Entretanto habíanse reconocido ya el tío Tejeringo y la tía Moñohueco, y olvidándose de sus hijos, de la hora y hasta de que se hallaban en paños menores, principiaron á insultarse uno á otro con tal fuerza de pulmón y con tanta furia, que despertaron á los vecinos, se alborotó el barrio, y en menos que canta un gallo el pueblo todo se puso en conmoción. Aquello era una gritería general, un abrir y cerrar puertas y ventanas estruendoso, un entrar y salir continuo, un charlar incesante. Todo el mundo se armaba, se echaba á la calle y corría sin saber por qué, ni á dónde. Formáronse inmediatamente grupos en la plaza del pueblo, y entre tanto bullicio y agitación tanta, aún hubiese cogido al vuelo el observador los diálogos siguientes:

—¿Qué ocurre?

—Que ha entrado una partida de ladrones en el lugar y acaba de hacer una descarga cerrada á las casas del barranco.

—Cá, no señor; es que se matan los mozos en la puerta de la tía Moñohueco.

—¡Bah, justo! Lo que pasa es que se ha encendido la chimenea del tío Tejeringo, y está ardiendo su casa.

—Pues ¿qué hacemos aquí sin tocar á fuego?

—Tiene razón: ¡á la torre, á la torre y á llevar cántaros de agua!

Estas tres versiones, á cual más distantes de la verdad, circularon desde el principio con fortuna entre los grupos de la plaza. Cada cual daba crédito á la que más fuertemente le impresionaba, según su carácter. Hubo quien creyó en los ladrones, y hasta le pareció haber oído

la descarga cerrada; por cuyos poderosos motivos se retiró apresuradamente, cerró y atrancó bien la puerta de su casa, escondiéndose debajo de la cama. Hubo también madre que, asomando por la ventana una verdadera cabeza de Medusa, medio dormida aún, oyó lo de la riña de los mozos, y casi desnuda y desgredada se lanzó á la calle gimoteando y vociferando como una energúmena en busca del *cadáver* de su hijo, mientras éste, rendido de tanto rondar durante la noche, dormía tranquilamente en la pajera. Pero, sobre todo, el repiqueteo continuo de las campanas tocando á fuego, y los lamentos y exclamaciones de las mujeres que conducían presurosas dos y hasta tres cántaros de agua cada una para apagarlo, hicieron creer á los más que se trataba únicamente de un horrible incendio. Aquello era una alarma inexplicable, pero contagiosa, que hizo esconder bajo tierra á los cobardes y correr al campo de batalla á los valientes. Todos convenían en que los tiros (multiplicación imaginaria, nueva operación aritmética) y los gritos se oían hacia el barranco, por entre las casas del tío Tejeringo y de la tía Moñohueco. Las vecinas suponían haber oído además ayes, lamentos, insultos y otras mil cosas. Hacia aquel punto se dirigieron, pues, las turbas capitaneadas por el alcalde y el juez municipal; pero ¡cuán grande no sería su asombro al encontrarlo todo en estado normal, reinando en torno de ambas casas el mayor silencio, y conservando aún herméticamente cerradas las puertas y balcones! Los héroes de la fiesta, advirtiendo el alboroto que habían promovido en el lugar, retiráronse silenciosos á sus camas, y se hicieron los muertos. Las imaginaciones exaltadas creyeron ver, tras el silencio sepulcral de aquellas paredes, un drama horrible, y no faltó quien asegurase que por el ojo de la llave se veía al tío Tejeringo tendido en un charco de sangre sobre el suelo de la entrada, y á su hijo José inhumanamente degollado á poca distancia. Para cerciorarse, agolpábase la gente junto á la cerradura de la puerta, y hasta el mismo alcalde en persona dirigió su correspondiente visual por el ojo consabido, sin que nadie lograra ver otra cosa más que obscuridad y silencio.

Sobre todo hacían un papel brillante los que en la torre tocaban á fuego con verdadero entusiasmo y las mujeres que cargadas con cántaros de agua iban llegando al sitio de la ocurrencia. Por fortuna estaba también entre los concurrentes el albañil del lugar, hombre tan mal intencionado como ingenioso para arbitrar recursos. Había tenido la previsión de traer consigo una escalera, una hacha y un pico: aunque no se veía fuego por ninguna parte, concibió el proyecto de medio destruir la casa del tío Tejeringo, con el laudable propósito de luego reparársela, y al efecto, dirigiéndose á los partidarios del incendio, colocando la escala y trepando al tejado de la casa, dijo:

—Seguidme, muchachos, que por allí asoman ya las llamas. Cestas de tierra y cántaros de agua sin cesar.

Aquellas llamas no tenían humo precursor, pues nadie veía el uno ni las otras; pero nuestro albañil, poseído de la caridad más ardiente y dispuesto á perder la vida por salvar los intereses de su convecino el tío Tejeringo, emprendió la chimenea, y hachazo va, piquetazo viene, la destrozó en un momento, levantando tal nube de polvo, que tomándolo por humo, hizo creer en el incendio hasta á los incrédulos, olvidándose inmediatamente las demás versiones. El alcalde, que hasta entonces había estado perplejo y cariacontecido pensando en los eternos enemigos de la patria y de la libertad, se serenó por fin, y empezó á dar las órdenes oportunas para cortar el fuego y evitar que el lugar fuese pasto de las llamas.

—¡Agua, venga agua! gritaba entretanto el albañil.

Y el tejado de la casa se cubrió en un momento de hombres, que hacían pasar de mano en mano los cántaros llenos de agua hasta las del héroe albañil, que los vaciaba por la chimenea, inundando el hogar y la cocina. De vez en cuando arrojaba alguna que otra cesta de arena, y para agrandar el boquete y aumentar los destrozos suspendía á lo mejor ambas lluvias y emprendía con el hacha las vigas del tejado.

(Continuará).